



la dama del callejón

burton hare



SS

SERVICIO SECRETO



BURTON HARE

LA DAMA DEL CALLEJÓN

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.285

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUCUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 55.773 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1975

© Burton Hare - 1975

Texto

© Miguel García - 1975

Cubierta

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo
que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975**

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.283 -Safari en la ciudad.

En Colección **PUNTO ROJO:**

670 -La saga de los murciélagos.

En Colección **LA HUELLA:**

20 -Morir no gusta a nadie.

CAPÍTULO PRIMERO

Market Lane era un pozo de sombras, olía a infiernos y estaba desierto.

Arriba, donde terminaban los edificios sórdidos e insalubres, se recortaba, lejano, un retazo de firmamento estrellado, sombrío, pero quizá lo único limpio que podía contemplarse, desde el pudridero que era el estrecho callejón.

La sombra más negra que se guarecía en el quicio de un portal tal vez pensaba en eso, mientras aguardaba.

O tal vez no, porque sus ojos taladraban la oscuridad, y permanecían fijos en la mancha amarillenta del fondo, allí donde la cristalera de una taberna pestilente dejaba filtrar la claridad del interior.

La cristalera se abría de vez en cuando, vomitando al exterior una que otra ruina con forma humana. Alguien que salía dando voces, o riéndose, o gimoteando y maldiciendo al mundo que los había hundido hasta las profundidades de ese infierno.

Los ojos que acechaban en la negrura seguían esas sombras, quietos, inmóviles, con un profundo y extraño fulgor salvaje, que parecía bullir como el rescoldo de un fuego oculto.

Las sombras se tambaleaban, daban traspiés, vomitaban o se derrumbaban en la calzada, y se arrastraban sobre sus propios vómitos hasta conseguir levantarse y desaparecer más allá de la esquina, ebrios no tanto de mal *whisky* como de frustración y derrota... Hombres que ya casi no lo eran, despojos de un mundo que los había arrojado como se tira lo inservible, la basura...

No le interesaban.

Detrás de los ojos, el poder seguía acechando, y la venganza.

No se impacientaba. Él no se impacientaba jamás porque el tiempo carecía de significado.

Sólo esperaba.

También, de vez en cuando, sonaba el seco y rítmico taconeo de una mujer de andar perezoso. Pasaban cerca de él hacia la taberna, o cruzaban por delante de ésta sin entrar, para apostarse en la esquina, con la esperanza de capturar algún incauto, con alguna libra de más en los bolsillos.

Entonces, algo se agitaba en el fondo de los ojos ocultos en las tinieblas, y un escalofrío sacudía los nervios del hombre, y un excitante cosquilleo recorría sus extremidades hasta morir en las puntas de sus dedos.

Pero tampoco movía ni un músculo. Las veía hablar con otras sombras, reír a carcajadas y, tras enlazarse una sombra con otra, desaparecer.

No le importaba.

Nada de eso le importaba.

Podía soportarlo. Esperar todo el tiempo del mundo.

Al fin, horas más tarde, las puertas de cristal de la taberna se abrieron, y salió otra sombra fugaz.

Los ojos chispearon, y ahora el hombre oculto se puso rígido.

La mujer que había aparecido, se detuvo en la acera, balanceándose sobre sus largas piernas. La oyó murmurar una sarta de obscenidades, dedicadas a alguien que había quedado en la taberna. Luego, la mujer echó a andar.

Apenas se sostenía en pie. Navegaba de lado a lado de la acera, y de vez en cuando se detenía para apoyarse en la pared, mascullando entre dientes.

La vio acercarse, mientras la excitación recorría su cuerpo, igual que una corriente eléctrica.

Ella no descubrió al hombre hasta que llegó a su altura, y él dio un paso adelante, brotando de la oscuridad como una aparición.

La mujer se detuvo, y trató de enfocar sus turbios ojos, mientras se balanceaba atrás y adelante sobre los altos tacones.

—Ho... hola, querido... —balbuceó.

—Hola. ¿Qué te pasa, chica?

—¿Tú qué crees? Una es idiota, eso es lo que pasa... me achispé, ¿comprendes?

—Claro.

—Me gusta...

—¿Qué?

Ella ya había olvidado qué era lo que le gustaba. Sólo dijo:

—¿Me esperabas?

—Sí.

—¿A mí?

—Esperé tanto tiempo... creí que tampoco esta noche ibas a venir.

—Tal vez estoy más borracha que de costumbre, pero no recuerdo que... que nos hayamos visto nunca.

—No, es cierto.

—Estás peor que yo, corazón mío... ¿Tienes dinero?

—¿Cuánto?

A pesar de los vapores del alcohol, ella trató de recapacitar. No podía distinguir los detalles de él, calcular sus posibilidades, mediante el estado más o menos decente de su traje, verle. Estaba demasiado oscuro.

—¿Cinco libras? —aventuró.

Sabía que habría una apasionada protesta, y que habría de reducir la tarifa. Era el eterno juego.

Él dijo:

—Está bien, cinco libras.

Apenas podía creerlo. Era demasiada suerte.

O se trataba de un truco. Ella tenía experiencia, con esa clase de puercos.

—Quiero ver tu dinero —dijo—. No es la primera vez que me toman el pelo, ¿sabes?

—Yo no haría eso.

Oyó el crujir de los billetes, cuando él separó algunos, de un fajo.

Los atrapó, apenas sin creer aún en su buena suerte.

—Eres... un... un sol, eso es —tartajeó—. Un tipo decente... y sólo por eso te adoro... Voy a hacer que... que...

Sus ideas se diluyeron en la neblina que envolvía su cerebro.

Metió los billetes en el bolso, y luego rió.

—Vamos —murmuró—. No está lejos, ¿sabes?

Se agarró a su brazo, y echaron a andar, juntos.

Él la oía murmurar como si rezara. En realidad, ella estaba diciéndole las cosas que haría para que él fuera feliz, sólo que su voz era apenas un sucio balbuceo.

Al final del callejón había una estrecha plazoleta, y las entradas sombrías de otras callejas. Él tiró de la mujer hacia la que se abría a su izquierda.

Ella dijo:

—No...; no es por ahí, cariño... Tengo un cuarto en...

—Yo vivo en esa calle. Estaremos mejor. Tengo *whisky* en casa.

—Oh, sí, claro... Eres un potentado...

Se internaron en la negrura. Un muro helado, triste y sin ventanas se extendía hacia el fondo. Al otro lado, un edificio en ruinas, destinado a derribo, alzaba hacia el firmamento los ojos ciegos de sus ventanas rotas.

De pronto, él se detuvo. La mujer se tambaleó.

—¿Qué pasa?

La empujó suavemente hasta que su espalda se apoyó en la pared. Se apretó contra ella.

La mujer soltó una risita.

—¿No puedes esperar? —tartajeó—. Eres un tipo raro... impaciente mío...

Subió sus brazos y los enlazó en el cuello del hombre y trató de besarlos vorazmente. Cinco libras bien merecían un poco de teatro...

Buscó su boca, jadeando. Le costó encontrarla porque él no colaboraba en absoluto. Estaba rígido.

—Vamos, vamos, tranquilízate —susurró.

Estaba besándolo. Él tenía unos labios fríos y rígidos, insensibles. Tal vez no tenía costumbre...

De pronto, sintió la aguda presión en el vientre. Después, un fuego terrible ardiéndole en las entrañas.

Le soltó, y trató de retroceder mientras boqueaba. No encontraba voz para gritar...

La llamarada que ardía en su cuerpo parecía crecer en una oleada de dolor infinito. Emitió un rugido, mientras se debatía para huir.

Pero atrás estaba la pared, y el brazo izquierdo de él la sujetaba como una tenaza de hierro.

—¡Por piedad...!

Él retiró el cuchillo. Atrás y adelante, una y otra vez, y ahora la mujer aulló como una bestia herida, mientras el dolor la desgarraba, y la muerte entraba en sus entrañas por mil desgarros

salvajes que la destrozaban...

Quedó de bruces al fin, gimoteando, palpitando sobre el enorme charco de su propia sangre. Vio, en medio de una bruma roja, unos pies que se apartaban de su cara...

Luego, la bruma roja pareció estallar en su cerebro, en medio de un mar de dolor increíble, y todo se volvió más negro y se sintió caer muy hondo, en un pozo sin fondo... en el abismo infinito de la muerte.

Los pasos presurosos del hombre se alejaron hasta la plazoleta. Siguió caminando, oscura sombra en las desiertas callejas.

Desembocó en Falls Road. Allí los faroles estaban más próximos unos de otros, había más luz y tráfico. El hombre se escabulló pegado a las paredes hasta detenerse junto a la barandilla de hierro, tras la cual se hundían unos escalones.

Descendió por ellos hasta la puerta del semisótano. La abrió y entró, cerrando a sus espaldas y permaneciendo en las tinieblas durante mucho tiempo, recordando, escuchando aún en sus oídos el jadeo y los alaridos de aquella mujer.

Cuando encendió la luz, se miró las manos.

La izquierda estaba limpia.

La derecha era casi una mancha roja y húmeda.

Sonrió y miró la sangre que ensuciaba sus pantalones y los bajos de la chaqueta oscura. Era un traje viejo. No tenía importancia.

Se internó en la vivienda, se despojó de todas sus ropas, y se metió en el baño.

Era un apartamento de paredes oscuras, sobre las que resaltaban extrañas pinturas con delirantes escenas de aquelarre, obscenos cuadros, que ningún pintor se hubiera atrevido a firmar jamás, máscaras rituales africanas, cortinajes negros y luces difusas, que transmitían a todo el decorado la sensación irreal de una pesadilla.

En una estantería se alineaban infinidad de volúmenes, libros cubiertos de polvo, sin trazas de que nadie los hubiera leído jamás.

Cuando él reapareció, entró en un reducido dormitorio y sacó un traje limpio del armario y el resto de ropas que necesitaba.

Sentíase dueño del mundo, dios de la vida y de la muerte.

Empezó a vestirse, mientras pensaba que ningún dios puede vivir solo eternamente.

Hubo un pequeño contratiempo cuando descubrió que no le

quedaba ninguna camisa limpia. Disgustado, tomó la que había llevado puesta. Conservaba dos pequeñas manchas parduscas en su parte baja. El traje la había protegido.

Titubeó. Luego, impaciente, acabó por ponérsela. Las manchas, pequeñas y apenas visibles, quedaban ocultas por la pretina del pantalón.

Cuando abandonó el delirante apartamento del sótano, era de nuevo la impecable imagen de, un hombre feliz. Toda la tensión, el rugir de la tormenta, los aullidos del odio y el huracán que parecía sacudirlo una hora antes, se habían esfumado.

No quedaba nada.

Sólo la paz.

CAPÍTULO II

Marsha se desvistió, cansada de esperar. El dormitorio era espacioso y cálido, y la muchacha apenas se había acostumbrado a mirarse en el espejo desnuda sin tiritar de frío.

Todo había sido igual que un sueño, algo que nunca imaginó, en los sórdidos días de terror vividos en su tierra, y que ahora parecían tan lejanos.

Hasta donde sus recuerdos alcanzaban, pocas noches había habido en las que pudiera acostarse sin temor alguno, con la absoluta sensación de que en sus sueños no habría pesadillas, ni incertidumbres.

Feliz, se abrazó a sí misma, y hasta el contacto tibio de sus propias manos en su piel, le produjo estremecimiento de felicidad.

La gran casa estaba silenciosa, con ese silencio perfecto de las cosas sólidas, seguras. Saberse sola en ella era la más dulce sensación que podía experimentar, porque hasta que él apareció en su vida, jamás había sabido lo que era vivir sola, libre.

Le sonrió a la hermosa imagen, de estrecha cintura y pequeños senos erguidos, que el espejo le devolvía.

Y entonces oyó el chirrido de la puerta, abajo. Dio un respingo, y corrió a envolverse en una lujosa bata que él le había regalado.

Cuando salió del dormitorio, vio luz en la planta baja. Asomándose por encima de la barandilla, exclamó:

—¿Eres tú, Marty?

La voz varonil del hombre al que se lo debía todo, sonó abajo, risueña:

—¿Es que esperabas a algún otro, nena?

—Tonto.

Descendió las escaleras.

Marty Giles estaba en la sala, encendiendo un cigarrillo.

—Lamento haberte despertado —se disculpó—. Pensé que no me

oirías. Sólo vine a recoger los libros que dejé aquí ayer tarde.

—Jamás te habría perdonado...

La besó suavemente en los labios, y él le devolvió la caricia.

—Aún no me había acostado —dijo después—. Soy tan feliz, que temo dormirme y despertar después, dándome cuenta de que esto no ha sido más que un sueño.

—Nunca más tendrás nada que temer, pequeña mía.

La besó de nuevo, y luego se dejó caer cansadamente en una butaca.

Era un hombre apuesto, delgado y elegante, con un rostro pálido y aristocrático, de profundos ojos azules, soñadores. Sus ademanes eran siempre los precisos para expresar su estado de ánimo plácido y que nunca se alteraba.

Aspiró el humo del cigarrillo y suspiró.

—Yo también fui muy afortunado al conocerte. —La miró, y una débil sonrisa asomó a sus labios—. Eres la mujer que todo hombre sensato sueña con encontrar en su vida.

—¿De veras crees eso? ¿No cambiarás de pensar con el tiempo?

—No podría, aunque quisiera hacerlo. Tú eres la razón de mi vida, la fuerza que alienta sólo para mí. ¿Estás cómoda aquí, linda?

—Es más de lo que una mujer puede soñar. Casi un palacio.

—Sólo un viejo caserón —rió él—. Perteneció a mi familia durante generaciones, y llevaba años cerrado. Tú le has comunicado nueva vida... Como a mí.

—Marty...

—No quiero quitarte más horas de sueño, Marsha —dijo él, de pronto, levantándose—. Te veré mañana.

—No tengo nada de sueño, de veras.

Sonriendo, él la tomó de las manos, mirándola de arriba abajo.

—Tengo una noticia para ti —dijo suavemente—. Tendremos los documentos dentro de una semana, y entonces nada impedirá que te cases conmigo.

Ella dio un respingo.

—¿Has podido arreglarlo, Marty?

Él asintió.

—¿Incluso mi permiso de estancia en tu país?

—Querida, Inglaterra es muy generosa, cuando se trata de refugiados políticos... sobre todo, si es una refugiada tan hermosa

como tú. No habrá ningún inconveniente y, cuando nos hayamos casado, tu pesadilla habrá terminado definitivamente.

Ella apenas podía creerlo.

Le echó los brazos al cuello y, durante unos minutos, se sumergió en el torbellino de amor que la inundaba. O tal vez fuera sólo agradecimiento, pero, en cualquier caso, no había para Marsha nada tan hermoso en el mundo como esos instantes en que las últimas sombras de su futuro se desvanecían.

—Te amaré siempre —susurró, junto a su boca.

De nuevo, él la apartó con suavidad, acariciándola con la mirada, mientras recogía los libros, disponiéndose a marcharse.

—Hasta mañana, querida.

De pronto, ella exclamó:

—Marty...

—¿Qué?

Ella sonreía.

—Eso no te sucederá más, cuando te hayas casado conmigo —dijo, señalando dos pequeñas manchas parduscas que aparecían en su camisa—. Seré una perfecta ama de casa.

Por un instante, él se puso rígido, y sus dientes rechinaron.

Luego, dominándose, murmuró:

—Son manchas de sangre.

—¿Sangre? No comprendo... ¿te heriste, quizá?

—No es mía... Hubo un accidente en la calle, y ayudé a trasladar a un herido. No me di cuenta que me manchaba.

—Apenas se ven.

A Marsha le pareció que él, de pronto, demostraba una excesiva prisa por marcharse. Luego, cuando se hubo cerrado la puerta, pensó que esa prisa era debida a que no quería violentarla, con su presencia a esas horas de la noche.

Marty era un hombre tan correcto, con tan delicadas atenciones, que esa actitud era muy propia de él.

Aunque, en su fuero interno, la muchacha deseó que él fuera menos caballeroso y más apasionado. Había veces que, al besarla, sentía un extraño frío en los labios... Como si besara una estatua de piedra.

Se reprochó por esos pensamientos, subió al dormitorio y, acostándose, siguió aún envuelta en su felicidad hasta quedar

dormida.

Con las luces apagadas, la gran casa tenía una apariencia inquietante, sombría, casi siniestra.

Tal vez las viejas paredes acusaran la reciente presencia de la muerte...

La bellísima muchacha dormida, no.

Los silenciosos policías rodeaban el cuerpo, casi abierto en canal por las incontables cuchilladas.

Las luces de sus linternas esparcían un halo brillante en torno al grupo, y chispeaban con siniestros reflejos rojos sobre el charco de sangre.

Otros guardias mantenían a distancia a los numerosos curiosos que surgían de todas partes.

Uno de los policías comentó:

—Es increíble cómo huelen la sangre... A estas horas de la madrugada, uno creería que toda esa gentuza estaría durmiendo.

—Igual que los buitres.

—¿Qué?

—Huelen la carroña.

—Tienes ideas macabras, Jerry.

—¿Y no es macabro eso que hay a tus pies?

Dejaron de charlar, cuando un coche negro se deslizó a través de la barrera de curiosos, junto a la entrada del callejón.

Dos hombres descendieron de él, y avanzaron con pasos resueltos.

Uno era alto, de fuertes hombros y movimientos elásticos.

El otro, más bajo y rechoncho, llevaba un maletín negro en la mano.

Los agentes de uniforme abrieron paso, mostrando el despojo que yacía en la acera, en medio del enorme charco de sangre.

El hombre rechoncho suspiró:

—¿No se lo dije, Ballard? Otra igual, y van cuatro...

—Doctor, usted es un pájaro de mal agüero... Veamos, ¿alguno de ustedes sabe cómo sucedió, hay testigos?

—Ninguno, inspector. La encontramos durante la ronda de costumbre... No hacía mucho tiempo que la habían matado. Las heridas sangraban aún.

—¿No le dije? —exclamó el médico—. Como las otras. A ver,

traten de alumbrar aquí, por favor.

Robert Ballard encendió un cigarrillo. Sentía una leve sensación de náusea, aunque no era capaz de saber si se debía al horrible espectáculo de aquella mujer destrozada a cuchilladas, o al imaginar la tormenta que se avecinaba...

El médico tenía razón. Iban cuatro.

Cuatro mujeres asesinadas de un modo salvaje, bestial, en menos de dos meses, y ni la más ligera pista del asesino. Bueno se pondría el superintendente, cuando lo supiera y se viera obligado a enfrentarse con la Prensa...

—Como las otras —exclamó, de nuevo, el médico—. Estaba borracha, sin ninguna duda. Huele que apesta, aunque, después de la autopsia, la cosa quedará clara. Apuesto que llevaba tanto alcohol dentro, que hubiera podido estallar solo con acercarle una cerilla...

—¿Y si, en lugar de tanta charla, dijera algo concreto, doctor?

—Ballard, es usted un ave fría. ¿Es que no le emociona el espectáculo de la muerte?

—¿Y a usted?

—Es distinto. Forma parte de mi trabajo.

—Y del mío. Al grano, por favor, necesito saber algo concreto para el informe.

—¿Qué diablos quiere que le diga aquí, casi a oscuras y en estas condiciones? Le han hundido un cuchillo de hoja ancha por lo menos quince veces... exactamente igual que las otras. El tipo se repite invariablemente...

—Un cuchillo de hoja ancha. Toda una pista. —Se lamentó el inspector, con amargura.

—¿No le emociona la idea de tener que entendérselas con un nuevo Jack *el Destripador*, Ballard?

—¿Usted opina seriamente que los cuatro crímenes han sido cometidos por la misma mano?

El doctor suspiró.

—Y usted demostrará ser un pésimo policía, si no opina como yo. ¡Pero, hombre de Dios! Las cuatro mujeres fueron asesinadas en estos sórdidos callejones. Las cuatro estaban ebrias, cuando murieron. Todas ellas eran busconas del último escalafón, y las cuatro cayeron bajo un cuchillo de hoja ancha y afilada. ¿Qué más

quiere, un certificado del asesino?

Ballard asintió en silencio.

—Lo que es sorprendente, doctor, es que, con toda esa sangre, el fulano debe empaparse de la cabeza a los pies, mientras actúa...

—Eso es seguro.

—Entonces, ¿por qué nadie lo ve, por qué nadie se alarma, ante un tipo con manchas de sangre en toda la ropa?

—No me lo pregunte a mí. Mi trabajo consiste en destripar cadáveres, Ballard... y el suyo, en proporcionármelos. ¿No es divertido?

Robert Ballard no veía el menor asomo de diversión por ningún lado. Vio marcharse al médico, y habló brevemente con los guardias, especialmente con los dos que habían realizado el descubrimiento.

No sacó nada en claro.

Se instalaron potentes focos, y llegaron los expertos del laboratorio de Scotland Yard.

La luz de los focos reveló las huellas de unos zapatos. Unos zapatos que habían chapoteado en la sangre.

—Tomen fotografías de ellas. Quiero sus medidas cuanto antes, con todos los detalles adicionales —ordenó Ballard, fastidiado porque no confiaba mucho tampoco en ese rastro.

Efectivamente, el rastro terminaba al otro lado de la plazoleta. Allí, los zapatos ya se habían secado y las huellas se desvanecían.

—Es un asesino muy raro. —Gruñó uno de los peritos, poco después, mientras seguían estallando los relámpagos de los fotógrafos—. No parece importarle bañarse de sangre hasta las cejas. Deja sus huellas en la acera, sin preocuparse tampoco de semejante rastro... y utiliza siempre el mismo cuchillo, de hoja amplia y afilada. Apostaría que es un tipo chiflado.

Ballard se encogió de hombros.

—Tal vez... Oiga, Milford, ocúpese de que se haga un resumen de todas las heridas, tanto de esta desgraciada como de las otras. Quiero que, basándonos en esas medidas, podamos tener una idea lo más exacta posible del arma homicida. Y si es posible, incluso un dibujo, ¿entiende?

—¿Un dibujo del cuchillo?

—Exacto.

—No será difícil, contando con el informe forense.

Al quedar solo, Ballard encendió otro cigarrillo. Pensó que, de un tiempo a esta parte, estaba fumando demasiado. Por las mañanas, se levantaba con un sabor nauseabundo en la boca. A veces, pensaba que no era debido al tabaco, no obstante, sino al hediondo trabajo que había elegido. Moverse entre asesinos, cadáveres; revólver en el estercolero humano donde se daban cita todas las depravaciones, todas las lacras que embrutecían al hombre hasta convertirlo en una ruina o una bestia...

Cuando, mucho más tarde, decidió regresar a su despacho, continuaba pensando en las palabras del joven Milford:

«Un tipo chiflado».

En el momento de entrar en el coche, gruñó entre dientes:

—Pues, señor, encontrar un loco en un mundo de locos, va a ser una tarea divertida...

El chófer del auto inquirió:

—¿Decía usted algo, inspector?

—¿Qué? Oh, no, nada. Lléveme al Yard.

Era otra noche de perros.

CAPÍTULO III

Era una de esas reuniones informales, en las que cada uno entra y sale cuando quiere, atrapa un vaso con cualquier clase de bebida y deambula, entre los demás, comentando el último chisme de moda, escuchando los chismes de los otros y, de vez en cuando, aportando su granito de arena, destinado a destruir alguna que otra reputación.

Marsha, un tanto perpleja, asistía a todo ello, por primera vez, desde que estaba en Inglaterra. Soportaba la curiosidad que su presencia despertaba, y respondía a los comentarios, tratando de adaptarse a la situación lo mejor posible.

De todos modos, reconocía que, si no hubiera sido por la presencia de Marty a su lado, se habría sentido desbordada por completo.

Él le susurró al oído:

—No es tan malo como imaginabas, querida.

—Soy una extraña, entre esta gente.

—Querían conocerte —sonrió, con buen humor—. Debes reconocer que caíste en nuestro mundo como una piedra en un estanque.

—No lo comprendo, Marthy... Soy una chica extranjera, insignificante...

—Extranjera, bueno. Pero insignificante, no. Eres la más hermosa de todas las mujeres que hay aquí. Apuesto que la mayoría de ellas te detestan ya, pero no tienes más que ver cómo te miran los hombres para darte cuenta. Estoy orgulloso de ti.

Ella sonrió, y su bellissimo rostro, un tanto exótico, pareció llenarse de luz.

Una mujer que vestía un apretado conjunto de cóctel, con un escote que se hundía hasta el estómago, se detuvo junto a la pareja.

—Siempre dije que eras un búho, Marty. Me equivoqué. ¿De

dónde sacaste esta joya?

—¿No te han contado la historia?

—He oído por lo menos cinco versiones distintas. Me llamo Hilda Jones —añadió, dirigiéndose a Marsha—. Espero que nos conozcamos mejor usted y yo, a pesar de que, en buena razón, debería odiarla.

Se echó a reír para quitar asperezas a sus palabras.

Marsha murmuró:

—¿Odiarme? No comprendo...

—Bueno, digamos que, hasta que usted apareció, yo era una de las más firmes candidatas al tálamo nupcial compartido con Marty. Había cierta competencia, ¿no es cierto, querido?

—Tú lo dices todo, Hilda. Casi haces que me sienta como el objeto de una subasta.

La espectacular rubia soltó una breve carcajada.

—En cierto modo, eso era Id que sucedía... Pero debes reconocer que yo tenía las mayores probabilidades de ganarla. —Apuré el resto de su bebida, y entonces enarcó las cejas—. ¿No bebe usted, querida? Voy a traerle un combinado...

Marsha sacudió la cabeza.

—Gracias, pero jamás bebo alcohol... Falta de costumbre, supongo.

—¿De veras? Ésa debe ser una de las razones por las cuales Marty se dejó cazar. Él también es abstemio. Pero yo, no, y necesito otro trago. Hasta luego, búho.

Hizo un alegre ademán de despedida, y se alejó, mezclándose entre la gente.

Marty dijo:

—Todas ellas son iguales, ya te darás cuenta: Insustanciales, volubles y demasiado aficionadas a la bebida.

—Pero es muy hermosa.

Él sonrió, rodeándole la cintura con el brazo.

—A tu lado, se eclipsa su belleza. ¿Estás cansada, quieres que nos vayamos?

—Creo que no se vería bien, pero si tú quieres...

Él se encogió de hombros.

—Me aburren estas fiestas. —Gruñó.

Alguien se abrió paso, entre el compacto grupo de invitados.

Era una mujer alta, de cuerpo bien formado y provocativo, altos senos y rostro ovalado y suave, en el que brillaban unos ojos vivos e inquisitivos.

Por un instante, el brazo que rodeaba la cintura de Marsha se puso rígido.

La muchacha susurró:

—¿Quién es, Marty?

La joven llegó junto a ellos, antes que él pudiera replicar.

Dijo:

—¿No merezco una presentación formal, Marty?

Éste sonrió y estrechó su mano, que ella retuvo unos instantes.

—Creo que te hablé de Edwina, en alguna ocasión —dijo con voz un tanto forzada—. ¿No es cierto, querida?

Marsha parpadeó, asintiendo.

La hermosa pelirroja rió.

—Bien, yo soy Edwina, si de veras te habló de mí. ¿Qué te parece Inglaterra...? Creo que te llamas Marsha, un nombre que no había oído hasta hoy.

—Sí... Inglaterra es un país muy hermoso.

Estaba desconcertada.

Edwina dio un sorbo a la copa que sostenía en la mano. Luego pidió:

—¿Tienes un cigarrillo, querido? Olvidé el bolso, en alguna parte...

Él le ofreció uno, y le acercó la llama de un pequeño encendedor de oro. Entre la nube de humo, ella añadió:

—¿Le dijiste que yo iba a vivir en esa vieja y gran casa, Marty querido?

—Edwina, por favor...

Ella sonrió. Sus ojos chispeaban, irónicos.

—No, imagino que eso no se lo dirías. Pero es la verdad, querida... Yo iba a ocupar el puesto que ahora disfrutas tú.

—No comprendo... ¿Quiere decir que iba a casarse con Marty?

Él dio un respingo.

Edwina se echó a reír.

—Por lo menos, eso era lo que aseguraba todo Londres. Ya ves lo que son las cosas... Ni siquiera llegué a ver restaurada la casa.

Marsha suspiró. Se sentía segura ahora, porque el brazo de él la

rodeaba, como amparándola.

De modo que dijo:

—Puede venir a verla, siempre que lo desee. Apenas salgo, si no es en compañía de Marty, de modo que me encontrará allí, a cualquier hora.

—Te tomo la palabra, querida... Pero debes tutearme. Quiero que seamos buenas amigas, a pesar de todo. Yo sé perder, de veras.

La besó fugazmente en la mejilla y, tras un breve comentario de despedida, se alejó.

Marty gruñó, entre dientes:

—¡Esa maldita zorra...!

—¡Marty!

—Lo siento... Todas ellas son iguales.

Estaba rígido, pero cuando sintió el contacto de la mano de Marsha en su propia mano, se aplacó visiblemente. Incluso logró sonreír.

—Lo siento —murmuró—. Me dejé llevar por el mal humor.

—Si realmente es cierto que ella pensaba casarse contigo, no puedes reprocharle que ahora esté resentida. Empiezo a darme cuenta de que mi presencia ha alterado los proyectos de infinidad de chicas. ¿Qué pasa contigo, Marty, eres pariente de la reina para que seas tan solicitado?

—No desenfokes la situación. Coquetear con unos y con otros es casi un juego nacional, entre ciertas mujeres inglesas. De cualquier modo, no debiste invitarla a visitar la casa, Edwina es muy capaz de presentarse allí.

Marsha sonrió con cierta timidez.

—Te aseguro que sabré atenderla. A ella y a cualquiera que venga a visitarme. Y eso me recuerda que deberíamos comprar algunas botellas de licor para las visitas.

—No.

Cuando abandonaron la fiesta, era noche cerrada. Una ligera llovizna humedecía las calles, y había niebla, que creaba aureolas fantásticas en torno a los faroles.

Caminaron estrechamente unidos hasta donde él dejara el coche, casi en la siguiente esquina.

No advirtieron la oscura sombra que les seguía cautelosamente, desde el otro lado de la calle. Era apenas visible porque sabía

mantenerse apartada de las luces.

Junto al auto, Marsha se volvió hacia Marty, y trató de verle los ojos en la penumbra.

—Marty... ¿No lamentarás nunca...?

Él le cerró la boca con la suya, estrechándola contra su cuerpo.

Después, murmuró:

—No pienses nunca eso. Te quiero a ti, y eso es definitivo.

La ayudó a acomodarse en el asiento, rodeó el coche, y partieron bajo la lluvia.

El hombre, al otro lado de la calle, permaneció inmóvil durante casi un minuto, sombría imagen en la oscuridad. Luego, sin prisas, se alejó en busca de un taxi.

Tendida en la cama, Marsha dejaba volar sus pensamientos un tanto inquieta. Temía que su actitud en la reunión social no hubiera sido la adecuada. Temía que él pudiera sentirse avergonzado, en algún momento, de su falta de mundología...

Eran unos temores oscuros, que no obedecían a nada concreto, sólo quizá a la huella de un pasado que había sido todo él temores y recelos, aunque aquéllos mucho más graves, más siniestros que los actuales.

Envuelta en completa oscuridad, en el inmenso silencio de la enorme casa, la muchacha trató de olvidar el pasado. El sueño comenzó a mecerla dulcemente...

Entonces escuchó el apagado rechinar de una puerta.

Alejó de sí la somnolencia, y quedó sentada de un brinco.

No podía ser Marty... Le había dicho, al despedirse, que iba a acostarse a su apartamento... Además, la puerta principal no rechinaba... Estaba bien engrasada, y la cerradura era nueva.

Escuchó, con todos los sentidos alerta.

Abajo, en alguna parte, se produjo un rumor leve, que no supo identificar. Sintió el escalofrío del terror, una sensación que ya había creído desterrada para siempre de su vida.

Cautelosamente, saltó del lecho y buscó las zapatillas en la oscuridad. Luego, envolviéndose en la bata, se deslizó hacia la puerta del dormitorio.

Fuera había un amplio pasillo, que terminaba en el rellano de la gran escalera que, en espiral, comunicaba el piso con la planta baja.

Se detuvo cerca de la barandilla, en completa oscuridad,

tendiendo el oído, tratando de desentrañar los mil rumores que ahora creía percibir, procedentes de todos los recovecos del caserón.

El rumor se repitió, abajo, en alguna parte de la planta baja.

Era como el sonido furtivo de unos pies torpes en la oscuridad.

Sintió que el pánico anidaba en su corazón, que le golpeaba locamente en el pecho. Un sudor frío la inundó de repente, como un marasmo de terror.

Había alguien en la casa, alguien que había penetrado no sabía por dónde, pero que estaba allí, quizá acechándola en las tinieblas...

Debía llamar a Marty... o a la policía. Pero el teléfono estaba abajo. Un teléfono antiguo. Habían hablado con Marty de pedir una instalación nueva, con aparatos supletorios en el piso, pero nada se había hecho todavía al respecto.

De nuevo, el extraño roce llegó hasta ella, ahora más lejano.

Dominando los dolorosos latidos de su corazón, dominando los espasmos de terror, comenzó a descender la gran escalera paso a paso, cautelosamente, agarrándose firmemente a la recia baranda de madera para no dar un traspíe y delatar su presencia.

A cada peldaño que descendía, el pánico crecía dentro de ella. Hubo de morderse los labios para no gritar.

En absoluta oscuridad, llegó abajo y se detuvo. El intruso debía estar en alguna parte de aquella misma planta, quizá escuchando también, acechándola... Si delataba su presencia, tal vez la atacaría...

Se forzó en reflexionar con calma, recordando la posición de cada mueble que ella misma había dispuesto. Debía llegar al teléfono... era su salvación, el único hilo de esperanza, en esas tinieblas en las que parecía reinar la muerte.

Moviéndose con infinito cuidado, la muchacha se apartó de la escalera, dirigiéndose hacia donde estaba el teléfono. Por un instante, su pierna rozó una mesita y ella quedó inmóvil, conteniendo el aliento, sintiendo el sudor frío del pánico correrle por el cuerpo como el contacto viscoso de un reptil.

Al fin, su mano cayó suavemente sobre el aparato. Casi lo acarició durante el tiempo que tardó en descolgar el auricular y llevárselo al oído.

Esperó oír la señal, el tono.

No se produjo.

El teléfono estaba mudo.

Una oleada de terror la inundó otra vez, porque también ese hilo de esperanza se esfumaba ahora. Durante la tarde, el teléfono funcionaba perfectamente. Había llamado a Marty, y más tarde, él la había llamado a ella para decirle la hora en que pasaría a buscarla para asistir a la fiesta...

¡Y ahora no funcionaba!

Creyó que el siniestro rumor se reproducía ahora mucho más cerca. Sintió ansias de ponerse a gritar, el miedo la atenazaba. Pero no sabía si lo que creía escuchar se producía realmente o era su entrecortada respiración y el loco golpeteo de su propio corazón, lo que retumbaba en su cerebro.

Y en la cumbre del pánico, alguien desplazó ligeramente un mueble, y Marsha ya no pudo contenerse y, dando un grito histérico, soltó el auricular y echó a correr alocadamente hacia la salida.

Descorrió los cerrojos interiores de la puerta principal. Tiró de la puerta, y ésta empezó a girar.

Entonces, algo la golpeó en la nuca. Hubo un estallido de chispas ante sus ojos, y se desplomó.

CAPÍTULO IV

El guardia vio la puerta abierta, desde el otro lado de la calle.

Dio un respingo, y atravesó la calzada al trote, porque a esas horas de la madrugada, las puertas de las casas no suelen estar abiertas de par en par.

Así descubrió a la muchacha tendida en el suelo, atravesada en el umbral.

Contuvo el aliento, al inclinarse sobre ella porque pensó que estaba muerta.

Luego, al dar la vuelta al cuerpo, descubrió que la bata se había abierto al caer, y que los senos, casi al descubierto, palpitaban con una respiración débil y espasmódica.

Sin esfuerzo aparente, el corpulento policía levantó a la muchacha en brazos, y penetró en la oscuridad del interior.

Reinaba un silencio solemne en la enorme casa. Un silencio profundo, como el que podría esperarse captar en una catedral vacía.

Tanteando, encontró una butaca y depositó en ella su ligera carga. Tras esto, buscó la luz y, encendiéndola, miró alrededor.

Vio un teléfono caído en el suelo, una silla derribada, y a la muchacha, que comenzaba a rebullir en la butaca.

Acercándose a ella, vio el hilillo de sangre que se deslizaba por el cuello, procedente de la maraña negra de sus cabellos.

Fue de nuevo al teléfono, sacudió el soporte y esperó.

No hubo ninguna señal.

Sorprendido, inspeccionó el hilo. Estaba arrancado de la pared.

Cada vez más preocupado, se encaró con Marsha.

—¿Puede oírme, señorita? —le espetó.

La voz llegó confusamente a la consciencia de la muchacha.

Emitió un grito, hundiéndose más en la butaca, como si quisiera huir, apartarse de él.

El guardia se inclinó hacia ella.

—Soy un policía, señorita. No tiene nada que temer... ¿Me oye?

Marsha parpadeó. En sus retinas se fijó la imagen recia del hombre vestido de uniforme, y su rostro áspero, sobre el que el casco parecía sostenerse en equilibrio.

—Usted... usted... —jadeó.

—Tranquilícese.

Ella dio un respingo, enderezándose.

—¿Dónde está? —musitó.

—¿Quién?

—No sé... El hombre...

—No hay ningún hombre más que yo aquí, señorita. ¿Puede explicarme qué sucedió?

—No lo sé... Había alguien... quise telefonar a Marty y... y me golpearon...

—Tiene usted una herida en la cabeza, de modo que no se mueva. Hay un teléfono en la esquina. Iré a llamar a un doctor para que venga a atenderla.

—¡No!

—¿Por qué no? Necesita que la vea un médico.

—¡No me deje sola!

El policía se incorporó. Su mirada se animó ahora, al dejarla resbalar por el sugestivo cuerpo de la muchacha, sobre el que la bata en desorden apenas ocultaba nada.

—¿Cree qué quien sea que la atacó aún está en la casa? —Gruñó, envarándose.

—No lo sé...

—¿Pudo usted verlo?

—No...

—Ojalá estuviera aquí aún... Voy a echar un vistazo, si no tiene usted inconveniente.

—¡No quiero quedarme sola!

—Bueno, bueno, cálmese... Cuando pueda andar, me guiará. Pero, antes, es preciso atender su herida... ¿Me permite?

Ella inclinó la cabeza. Con dedos torpes, el policía apartó los cabellos, descubriendo el corte que el golpe había abierto en el cuero cabelludo.

—No es grave, supongo... pero es un buen golpe. ¿Tiene usted

botiquín en la casa?

—Sí... en el cuarto de baño, arriba...

—¿Cree que podrá andar? Apóyese en mí, y la sostendré.

La ayudó a levantarse y, casi llevándola en vilo, subió al piso.

La curó lo mejor que supo, y luego ambos comenzaron a encender luces y a recorrer todo el enorme caserón.

No había nadie, pero encontraron una pequeña puerta de servicio abierta de par en par.

—¿Cree que el intruso pudo entrar por aquí? —gimió el guardia.

—Esta puerta siempre está cerrada... No recuerdo haberla abierto desde hace días.

—¿Y la llave?

—Ahí, en esa alacena.

El policía abrió el armario empotrado. La llave estaba en su lugar.

—Si ha abierto desde el exterior, no cabe duda que lo hizo con otra llave, porque no hay trazas de haber sido forzada la cerradura. Iré a telefonar ahora...

—Voy con usted. Yo también necesito llamar por teléfono.

—Bien...

Salieron por la puerta principal. Cuando ya estaban en la acera, Marsha exclamó, súbitamente aterrorizada otra vez:

—¡El sótano!

—¿Hay un sótano en la casa?

—Sí... aunque sólo bajé a él una vez, cuando me instalé aquí.

—¡Maldita sea, vamos!

Casi la obligó a correr. El guardia estaba ansioso por cazar al individuo capaz de golpear a una muchacha, tan bella y delicada.

Ella le guió hasta las dependencias posteriores. Junto a la gran cocina había una despensa, con armarios enormes cubriendo las paredes. En la del fondo, una puerta comunicaba con la escalera que se hundía en la tierra.

—Espere, yo bajaré solo. Si el tipo está ahí, y ofrece dificultades, la cosa no será agradable.

—No me quedaría sola aquí arriba, ni por todo el oro del mundo.

—Está bien, pero manténgase detrás de mí...

Abrió la puerta, y apareció una suerte de pozo oscuro. Ella le

indicó la llave de la luz, y una solitaria bombilla brilló en un lado de la escalera.

El guardia comenzó a bajar, seguido por la muchacha.

Abajo, había más luces, que encendió también.

Apareció una curiosa mezcla de muebles viejos, cajones vacíos y mil objetos inservibles. En un rincón, había una enorme caldera para la calefacción, cubierta de polvo.

—Quédese aquí, señorita. Puede estar oculto en medio de este laberinto. Si ve moverse algo, grite.

Pero tampoco allí había nadie. El policía inspeccionó el lugar, pulgada a pulgada, apartando muebles, dándoles la vuelta incluso a los grandes cajones vacíos de embalaje, por si el intruso hubiera tenido la idea de ocultarse dentro de uno de ellos...

—Sólo un zapato —refunfuñó, sacudiéndose el polvo del uniforme.

—¿Un qué?

—Un zapato de mujer... Mire.

Era un zapato elegante, de altísimo tacón. Un zapato para vestido de gala, sin duda.

—¿Es suyo?

—No, claro que no.

—Tiene mucho polvo. Debe llevar tiempo abandonado aquí.

Lo dejó encima de una caja y, sacudiéndose las manos, se reunió con la muchacha.

—Ya ve que no hay nadie. Vamos a telefonar ahora, si le parece.

Los dos salieron de la casa, en busca del teléfono de la esquina.

CAPÍTULO V

Maravillada por las constantes atenciones de los policías que habían acudido, Marsha contó, una vez más, lo sucedido. Hubo de hacerlo con todo detalle, porque el inspector, a pesar de su amabilidad, parecía un hombre quisquilloso en extremo.

Cuando terminó, el inspector Westin dijo:

—Es una historia un tanto extraña, señorita Kover. Usted afirma que el intruso no se llevó nada... no robó absolutamente nada.

—Lo he revisado, mientras esperábamos su llegada, señor. No falta nada, ciertamente.

—¿Y no vio usted nada, ni su silueta, ni una sombra?

Ella sacudió la cabeza, desalentada.

El guardia que la había encontrado permanecía rígido junto a la puerta. Otro policía de paisano tomaba notas en una libreta de bolsillo, de tapas negras.

Fue éste quien gruñó:

—No sabemos qué ha podido tocar, ese hombre. ¿Qué opina, inspector, «levantamos» todas las huellas de la casa?

—Eso sería una pérdida de tiempo. Las debe haber a docenas. Hace poco tiempo que los muebles fueron instalados, y la casa restaurada. Los obreros las dejarían a millares, por todas partes.

—Pero el teléfono...

—Yo lo toqué —dijo Marsha—. Descolgué el auricular...

—Y luego lo soltó... ¿derribó todo el aparato, lo recuerda?

—No lo sé... Oí el ruido tan cerca, que sólo pensé en huir...

El inspector Westin la miraba fijamente, con sus pequeños ojos escrutadores.

De pronto, dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en Inglaterra, señorita Kover?

—Tres meses.

—Usted es húngara, ¿no es cierto?

—Sí... Puedo mostrarle mi permiso de residencia...

—¿No tiene pasaporte?

Ella se turbó visiblemente.

Sacudió la cabeza, evidentemente temerosa.

—No...

—Entonces, ¿cómo entró en este país?

—Marty lo arregló. Él consiguió que me admitieran y me concediesen un permiso de residencia temporal. Puedo mostrárselo, ¿sabe? Lo tengo arriba...

—No es necesario, por el momento. Pero eso me hace pensar que su salida de Hungría no fue... digamos legal.

—Marty me ayudó a huir, a abandonar el país.

—Marty Giles, claro.

—Voy a casarme con él, antes que expire mi plazo de residencia en Inglaterra.

—Me parece muy bien. —Gruñó el inspector—. Pero lo que está sucediendo, tal vez tenga sus raíces en su escapada de Hungría. ¿Hay alguna razón para que la persigan sus compatriotas, alguna razón política, quiero decir?

—En absoluto... No, ninguna, señor.

—¿Le importa que dé un vistazo personalmente por la casa?

—Hágalo, por favor.

El guardia, desde la puerta, dijo:

—Hay un sótano, inspector. Puedo guiarle, si me lo permite.

—Muy bien.

Marsha quedó sola, en compañía del hombre que tomaba notas.

Con voz temerosa, dijo:

—Quisiera ir a telefonar otra vez...

—¿Quiere que la acompañe?

—Gracias, el teléfono está solo a la esquina... y hay otro guardia en la acera. Ya no tengo miedo.

Él sonrió, y aprovechó el quedarse solo para encender un cigarrillo.

Marsha fue a la cabina telefónica y, una vez más, marcó el número de Marty. Oyó sonar el teléfono una y otra vez, sin que él respondiera.

¿Dónde podía estar?

Justamente, cuando tanto lo necesitaba...

Desalentada, colgó el auricular y salió de la cabina. El fresco de la noche y la humedad la hicieron tiritar. Caminó rápidamente hacia la casa y, de repente, le pareció sorprender un movimiento furtivo al otro lado de la calle.

Se detuvo en seco, agitada por mil temores, otra vez.

Vio al policía de uniforme plantado en la puerta, indiferente.

Pensó llamarlo, pero el movimiento, si es que realmente lo había visto, no se repitió.

Entró apresuradamente, y esperó junto al silencioso policía de paisano.

Cuando el agente y el inspector regresaron, ella levantó la cabeza. Vio fugazmente que el guardia llevaba algo envuelto, y que se dirigía a la salida, desapareciendo.

El inspector Westin dijo:

—Nada, ni un rastro. Y la puerta posterior no ha sido forzada, en absoluto. La han abierto utilizando una llave, o tal vez una buena ganzúa. ¿Se le ocurre algo más que deba contarnos, señorita?

—No, creo que no... ¿Se marchan ya?

—Nada más podemos hacer aquí. Pero dejaré a un agente en la puerta el resto de la noche, sólo para que se sienta usted más tranquila.

—Se lo agradezco mucho, señor.

—Si oye cualquier cosa, grite. Él la oirá.

Se despidieron, y Marsha quedó otra vez sola.

Por primera vez, desde que estaba en Inglaterra, se sintió desamparada, con el miedo anidando en su corazón.

Empezó a comprender que no era tan fácil hallar la paz, ni siquiera fuera del infierno en que había vivido...

CAPÍTULO VI

El inspector Ballard salió del ascensor, y se dirigió cansadamente a su despacho. Casi amanecía, y el rumor de colmena de las oficinas en las que nunca se detenía el trabajo le envolvió, reanimándole.

Abrió la puerta de su despacho, y se detuvo, tras dar el primer paso.

—Caramba, Westin, ¿qué hace usted aquí, a estas horas?

Su rostro estaba macilento. Westin comentó:

—Este maldito trabajo... pero usted tampoco parece que lo pase muy bien.

—¿Bien? Esta noche hemos hallado la quinta mujer asesinada... Otra carnicería nauseabunda.

Westin arrugó el ceño.

—No le envidio, ciertamente. Y creo que he venido a amargarle un poco más este amanecer.

—¿En qué sentido?

Westin se apartó un poco.

—Eche un vistazo a eso, amigo mío.

Robert Ballard vio un elefante zapato de mujer. Un zapato de altísimo tacón y tiras de fina piel, con una hebilla dorada en forma de diminuta rosa.

—No comprendo... ¡Dios bendito! —exclamó, de repente.

De un salto, estuvo junto a la mesa. Tomó el zapato, y lo examinó como si fuera una pieza de joyería de infinito valor.

—¿Dónde lo encontró?

—¿Le parece que es el que faltaba?

—¡Claro que lo es! ¿Dónde...?

—En el sótano de un caserón...

Westin explicó brevemente el extraño asalto a la casa de Marsha.

—El zapato estaba en el sótano, perdido entre un laberinto de trastos, lleno de polvo.

—¿Lo ha examinado usted, no había huellas de sangre?

—Nada en absoluto.

Ballard se derrumbó sobre el sillón de la mesa, sin abandonar el zapato.

Suspiró con cansancio y murmuró:

—Después de tanto tiempo...

—Aquella mujer apareció en uno de los colectores de la ciudad, en avanzado estado de descomposición, si no recuerdo mal... y el caso quedó sin resolver. Si éste es el zapato que le faltaba, ¿cómo cree usted que pudo ir a parar a ese sótano?

—Habré de averiguarlo. Westin, el superintendente, está a punto de pedir mi cabeza, a causa de todo este horrible asunto de las prostitutas asesinadas en la calle. Ya me tiene ojeriza, desde ese crimen que no pudimos resolver... y ahora aparece este zapato. Si el caso se remueve, y fracasa otra vez, no me sorprendería que alguien pidiera amablemente mi renuncia...

—Tómelo con calma, Ballard. ¿Irá a dar un vistazo a ese sótano?

—Por supuesto, aunque llevo dos noches sin pegar un ojo.

—La chica que vive allí es húngara, refugiada o algo así. Va a casarse con el propietario del caserón, Marty Giles... Tal vez ese nombre le recuerde a usted algo.

—¿Giles? Hay alguien en el Gobierno llamado así...

—Ciertamente... Un lord o algo semejante, aunque no sé en qué Ministerio. Tal vez sean parientes. Habrá que averiguarlo, también.

—Ocúpese usted de eso, por favor, Westin.

—Lo haré. ¿Dónde han encontrado a esa quinta desgraciada?

—En uno de esos inmundos callejones de Soho. Cuando fue asesinada, estaba ebria por completo... como las demás.

—Eso es un dato.

—También lo es el cuchillo... siempre el mismo. Tenemos un buen dibujo del arma, pero hasta ahora, no hemos adelantado un solo paso.

—No quisiera estar en su lugar, Ballard. Éste es uno de esos casos que le hacen famoso a uno, logrando un ascenso, o le hunden hasta el infierno, si fracasa. Los periódicos comienzan a pedir cabezas de policías ineptos... ya sabe.

—Los he leído —refunfuñó Ballard, con amarga ironía.

Westin se fue, dejándole en compañía del zapato que le

fascinaba. Le dio vueltas entre las manos, recordando, evocando, otra vez, los pormenores de otro salvaje crimen, que había quedado impune, meses y meses atrás...

Cuando se levantó, se sintió cansado, viejo de mil años. Fue directamente a los laboratorios y, tras esto, pidió un coche.

Él salió de la ducha, frotándose enérgicamente con la toalla.

Silbaba entre dientes. Las obscenas pinturas de las paredes parecían mirarle con sombría fijeza, y las tamizadas y oscuras luces mostraban un montón de ropas empapadas de sangre.

Se enfundó en un batín de seda, y fumó un cigarrillo, sin pensar en nada, dejándose mecer por la inmensa sensación de poder que le exultaba por todos los poros de su cuerpo.

Después, rutinariamente, como en un rito, encendió la pequeña caldera de calefacción individual, y fue echando en ella las ropas ensangrentadas.

Pensaba en los quejidos de esa última mujer, en sus hipos de borracha, en su expiación mientras la sangre se desbordaba a borbotones de un cuerpo sucio que era preciso redimir...

A veces, pensaba que no era eso exactamente, sino más bien una expiación por su vicio, por su depravación insana, por el culto al alcohol, que alguien debía extirpar de raíz...

La atmósfera se caldeó excesivamente. Acabó con las ropas, y dejó los rescoldos que se consumieran lentamente.

Casi amanecía cuando se acostó en el diván cama. Extraños sueños le invadieron, imágenes de un mundo rojo, en el que sólo su mente tenía cabida... Nadie más que él podía penetrar en las insondables profundidades sombrías en las que podían darse las más sublimes imágenes y también las más abyectas y feroces, y los recuerdos de un tiempo ido, lejano ya, donde se había iniciado el infierno.

Cuando el alba asomó más allá de la velada ventana, la muerte dormía, plácida y siniestra a un tiempo...

La llamada a la puerta la sobresaltó.

Apenas había podido dormir, después que la policía se había marchado. Una inquietud profunda y turbadora latía desde su siniestra aventura de la noche pasada, y no era ajeno a esa inquietud el hecho de que aún no hubiese podido comunicar con

Marty.

Abrió la puerta, y vio a un hombre alto, de aspecto atlético y rostro cansado, que le sonreía.

Más allá estaba aún el guardia de uniforme, y eso la tranquilizó.

—Soy el inspector Ballard —se presentó él—. ¿Me permite pasar, señorita Kover?

—Sí... claro...

Él entró. Marsha cerró la puerta, y se volvió, un tanto desconcertada.

—Le ruego que disculpe mi intromisión, a estas horas —dijo Robert Ballard, dominando a duras penas la impresión que la bellísima muchacha le producía.

Ella estaba otra vez desconcertada, ante el trato cortés de los policías. Se estremecía sólo con recordar cómo actuaban los implacables agentes de la policía política de su país...

—Estaba preparando café —murmuró—, ¿aceptará usted una taza, inspector?

—Con infinito gusto, gracias.

—Se lo traeré.

—Oh, no; iré con usted. Estas casas tienen unas cocinas enormes, donde se podrían celebrar banquetes. Además, creo que es por la cocina donde se llega al sótano...

—¿Quiere usted ver el sótano?

—A eso vine, si no tiene usted inconveniente.

Le guió hasta la cocina, y llenó dos grandes tazas de café. Él lo tomó solo, sin ni siquiera añadirle azúcar.

El aromático brebaje alejó, en parte, el pesado sueño que le dominaba.

—Me contaron la desagradable experiencia que sufrió usted anoche —comentó—. Muy extraño, ¿no le parece?

—Estoy tratando de explicarme qué buscaba el intruso, y no se me ocurre nada lógico...

—Habla usted inglés casi perfectamente, señorita Rover. Debe haberle costado aprenderlo tan rápidamente.

Ella sonrió.

—Lo aprendí en mi país, cuando era apenas una niña. Lo necesitaba para mi trabajo. Era guía de turistas... Guía oficial, quiero decir. No hay otros, de cualquier modo.

—Claro, claro... Un cambio radical para usted venir a este país.

—Y maravilloso...

Ballard no podía apartar su mirada de aquella mujer. Había algo en ella que le subyugaba, casi una fascinación, de la que le era imposible sustraerse.

Tal vez fuera la luminosa profundidad de aquellos ojos negros, o la rotunda pujanza de todo su cuerpo joven y fuerte, o la atrayente curva de los labios jugosos, sin rastro de maquillaje...

Con evidente esfuerzo, dejó la taza vacía y murmuró:

—Si es tan amable de indicarme la escalera del sótano...

—Oh, sí, claro... ¿Necesita que le acompañe?

—Prefiero bajar solo, si no le importa.

El sótano era tal como lo había descrito Westin. Lo recorrió primero captando cada detalle, hasta detenerse junto a la enorme caldera de la calefacción, cubierta de polvo. Más allá de la caldera había una enorme estiba de leña, junto a una carbonera que, cuando intentó subir la trampilla, vomitó un montón de negro carbón.

Ballard se sacudió las manos, y miró en torno. El lugar donde había sido hallado el zapato estaba señalado por uno de los leños que Westin había colocado.

En cuclillas, el inspector apartó cuidadosamente el polvo del suelo. Éste era de cemento, pero no encontró la menor mancha de sangre. Todo lo que consiguió fue ponerse perdido de polvo.

Disgustado, continuó el examen, con una minuciosidad implacable. Pulgada a pulgada, lo revisó todo. Muebles viejos, cajones, un baúl enorme y vacío; apartó un espejo de luna quebrada, y abrió los cajones de una alacena empotrada. Estaban tan vacíos como el baúl.

Al final, hubo de darse por vencido. Allí no había absolutamente nada que pudiera orientarle. No había ninguna razón para que el zapato de una mujer asesinada, y descubierta más tarde en los grandes colectores públicos, hubiera sido encontrado en ese sótano.

Más, así había sido, y eso era un hecho concreto. El dictamen técnico era rotundo. Aquél era el zapato que faltaba en el pie derecho del cadáver, el compañero del otro que obraba en poder de la policía.

Un zapato de lujo.

Desalentado, subió a la cocina. Allí se dio cuenta, por la manera como la muchacha le miraba, que sus ropas estaban hechas un desastre.

—No estoy muy presentable —bromeó—. Si fuera tan amable de facilitarme un cepillo, la cosa podría arreglarse, en parte.

Marsha no pudo contener una sonrisa, y corrió a complacerlo.

Una vez más, Ballard se extasió, viéndola moverse. Se le antojó alada como una gacela joven, con esa gracia que sólo se encuentra en un cuerpo joven, sano y ágil.

Terminaba de cepillarse el traje, cuando dijo:

—Me gustaría hablar con el señor Giles...

—¿Marty? Vive en un apartamento, en Newton Place, aunque no creo que esté allí ahora. He intentado telefonarle varias veces, sin conseguir comunicar con él.

—¿Sabe el número?

—Doce...

—Doce de Newton Place, lo recordaré. ¿No se encuentra usted muy sola, en este caserón?

—Hasta la noche pasada, no...

—¿No acostumbra a salir?

—Con Marty.

—Ya veo...

Había algo que le retenía, y no se atrevía a confesarse la razón de esa demora.

Pero ya no había excusa alguna para retrasar más su partida, a menos de empezar a registrar toda la casa, cosa que se le antojó excesiva.

Ballard abandonó el cepillo, y sonrió.

—Ya estoy otra vez en estado de revista. Lamento haberla importunado... Creo que sólo hace tres meses que está usted en Inglaterra...

—Así es.

Se dirigían a la puerta. Él pensó que no valía la pena tratar de interrogarla sobre la presencia del zapato abajo, porque cuando apareció muerta aquella mujer, Marsha Kover aún estaba en Hungría...

Sin embargo, su despedida no fue precisamente muy oficial ni protocolaria.

—Me alegro de haberla conocido, señorita Kover —indicó, reteniendo un instante sus dedos en su manaza—. Tal vez volvamos a vernos alguna vez.

Bruscamente, recordó que había un guardia a poca distancia, se tocó el ala del sombrero, y partió apresuradamente hacia donde tenía el coche.

Marsha cerró, poco a poco, la puerta.

No sabía si el inspector la había impresionado más por su agradable apariencia o por la cortesía de que había hecho gala.

De cualquier modo, era un hombre distinto. Junto a él parecía flotar una sensación de seguridad, de fuerza protectora, que la hacía recordarlo con extraña complacencia.

Eran tan distintos estos policías, de los que ella conociera...

A media mañana, el guardia de la acera llamó para despedirse, diciendo que había recibido instrucciones de dejar la vigilancia. Ella le agradeció esta nueva atención, y volvió a dedicarse a sus tareas de costumbre.

Horas después, de nuevo llamaron a la puerta.

Mientras atravesaba el caserón, se preguntó quién podría llamar, esta vez. Marty tenía su propia llave. Tal vez, la policía de nuevo. Ignoraba la manera de trabajar de la policía inglesa...

Abrió la puerta, y vio al hombre.

Fue como si la tierra se abriera bajo sus pies, mostrándole el abismo negro del infierno.

CAPÍTULO VII

Él la apartó de un empujón, entró y cerró la puerta.

Marsha seguía todos sus movimientos, como un pajarillo hipnotizado por una serpiente.

El hombre reía silenciosamente y, cuando habló, lo hizo en un inglés detestable:

—Te sienta bien este país, hermana...

—¡No soy tu hermana!

—Como si lo fueras... ¿Cuándo vas a casarte con el inglés?

Ella boqueó. El terror la paralizaba.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Milhas?

—Me encomendaron seguir tu pista, preciosa. Confieso que fue fácil, siendo tu amante un hombre importante.

Ella hubiera querido decirle que Marty no era su amante, que era sólo un hombre que la amaba y respetaba, y que iba a casarse con ella.

Le falló la voz, y no pronunció una palabra.

—Incluso te instaló en una estupenda casa... aunque demasiado grande para una mujer sola. Aquí, cualquiera podría arrancarte la piel a tiras, sin que nadie se enterara...

Ella dio un respingo.

—¡Tú! —jadeó—. ¡Fuiste tú quién entró anoche...!

—Cierto. Quise reconocer el terreno en el que probablemente habré de moverme en el futuro.

—¿Qué te propones? Esto no es Hungría... La policía, y Marty...

Él se echó a reír.

—Lo tengo en cuenta. Tu joven amante puede sufrir un desgraciado accidente, si las cosas no salen como nosotros deseamos. En cuanto a la policía... Bueno, no llegarían a tiempo de hacer nada por ti. Tú sabes cómo trabajamos... Viste ejemplos palpables, no hace mucho tiempo. Y tú tienes un cuerpo bonito,

eres fuerte... tardarías mucho en morir, Marsha Kover. Ese sótano que hay bajo nuestros pies sería un lugar ideal.

El terror la atenazaba.

—Pero... ¿por qué? ¡Dejadme en paz, de una vez por todas! Sólo quiero vivir en paz... ¿No puedes comprenderlo?

Estalló en sollozos.

Él seguía riéndose.

—Aún te necesitamos, preciosa. Me atrevería a decir que ahora más que nunca, sobre todo, cuando te hayas casado con tu inglés.

Marsha luchó desesperadamente para dominarse. Sabía que era inútil pedir piedad o clemencia. Sabía que, una vez atrapada por el fatídico engranaje que aquel hombre representaba, nada ni nadie les haría soltar la presa.

—No haré nada que pueda perjudicarle, Milhas... Tendrás que matarme.

—Lo haré, si es el único camino que me dejas abierto —replicó con indiferencia—. Pero eso resultaría muy desagradable.

—¿Desagradable? Has matado otras veces... tú y todos los que hacen tu sucio trabajo.

—Claro, es un trabajo, ni más ni menos. Pero, en tu caso, las cosas serían diferentes. Eres demasiado hermosa para desperdiciarte de ese modo. Antes de acabar... Bien, imagínalo.

Dio unos pasos, apartándose de ella, reconociendo el terreno.

Con voz burlona, comentó:

—Anoche no pude apreciar bien los detalles. Todo fue demasiado precipitado...

—¿Qué esperas de mí?

—Tu inglés pertenece a una importante familia británica, querida Marsha. Uno de sus miembros se encuentra en el Gobierno. Tiene un cargo muy interesante en el Foreign Office.

Como un rayo, ella comprendió. Y el horror la dejó paralizada, casi incapaz de asimilar la monstruosidad que estaba tejiéndose a su alrededor.

Él dijo:

—¿Vas comprendiendo?

—Es... es algo que no haré, Milhas... Nunca.

—Yo creo que sí lo harás. Es fácil. Tienes a ese inglés bien enredado en tus encantos. Te casarás con él cuanto antes, y eso te

dará entrada en su familia. Él, sin darse cuenta, te facilitará lo que nosotros vayamos necesitando. Su tío, ese lord Giles, maneja importantísimas informaciones militares, diplomáticas, e incluso concernientes a la NATO. Tú verás cómo lo arreglas para que tu marido las consiga... aunque cuando llegue el momento, recibirás instrucciones adicionales. Específicamente, se te dirá cómo debes hacerlo.

—¡Nunca, Milhas! —jadeó la muchacha.

—No digas eso.

—¡No lo haré!

Él chasqueó la lengua, disgustado.

—¿Prefieres que tu inglés reciba una muestra de nuestras atenciones?

—¡No, él, no...!

—De ti dependerá todo, querida. Y si eso no resulta suficiente para ti, Huserik y yo nos ocuparemos de ti. ¿No te he dicho que Huserik me ha acompañado en este viaje? Ya le conoces... Se vuelve loco, cuando tiene una mujer en sus manos...

Marsha sentía el terror crecer dentro de ella como una marea negra.

—No puedo —sollozó—. No puedo hacer eso...

Él se encogió de hombros.

—Piénsalo. Tienes tiempo, de todos modos.

—¡Te denunciaré! Diré a la policía todo lo que sé...

—No lo harás.

—¿Qué podrá impedírmelo?

—Podría decirte que la muerte, pero eso sonaría muy mal. No, querida Marsha... Hay otros medios, antes de llegar al recurso definitivo.

Ella sabía cuáles podían ser esos medios. Sabía de las torturas increíblemente crueles a qué podían someterla, de la salvaje efectividad de esos verdugos especiales, omnipotentes en su país...

Él repitió:

—Tienes tiempo para pensarlo. Todo el tiempo que tardes en casarte con él. Y si realmente lo examinas desapasionadamente, es algo que no te costará mucho. ¿Qué puede importarte a ti este país? Te cases o no con un inglés, siempre serás una extranjera.

—Tú no puedes comprender lo que significa para mí...

El llanto cortó su voz.

Milhas la miró, lleno de sarcasmo. Se encogió de hombros y dijo:

—Ya sabes a qué atenerte. Sólo recuerda que yo nunca admito un fracaso, porque tampoco me los admiten a mí. Volveremos a vernos, Marsha. Mejor dicho, seguiremos viéndonos con cierta regularidad, aunque sólo sea para que sigas pensando en mi propuesta.

Se dirigió a la puerta. Era un hombre frío y calmoso, una perfecta máquina al servicio del mal, y ella no lo ignoraba.

Cuando ya tenía la mano en el tirador, se volvió de pronto, como si acabara de ocurrírsele algo importante.

—A propósito —exclamó—. Tú debes recordar a Jenna. Una chica preciosa, que vivió contigo una temporada...

—Sí...

—Grandes ojos oscuros, labios rojos y una cara suave, tersa...

Algo letal comenzó a culebrear por los nervios de la muchacha.

—¿Qué... qué tratas de decirme...?

—Tuvo un tropiezo.

Marsha contuvo el aliento.

—¿Qué... qué...?

Su voz se quebró.

Él rebuscó en sus bolsillos. Finalmente, sacó una fotografía tamaño postal.

—Creí que la había olvidado... Ésta es Jenna. Ha cambiado un poco, desde que la viste por última vez.

Se la tendió, y la muchacha la tomó instintivamente. Cuando fijó sus ojos en la imagen, todo empezó a girar a su alrededor. Sintió náuseas, su garganta emitió una especie de rugido de bestia herida, y al fin se desplomó, inerte.

La foto quedó junto a su mano, en el suelo. Representaba la cabeza de una mujer sin cabello, y casi sin facciones. Éstas habían desaparecido, no se sabía bien si a causa de un ácido corrosivo o destrozadas con un cuchillo manejado por un demente.

En el cuero cabelludo aparecían oscuras manchas, como de quemaduras. Nunca más nacería cabello en aquella monstruosidad.

El hombre recogió la fotografía, sin alterar un solo músculo de su rostro. La guardó y, tras una última mirada a la muchacha desvanecida, se fue, cerrando cuidadosamente la puerta a sus

espaldas.

CAPÍTULO VIII

Las repetidas llamadas a la puerta la devolvieron a la realidad.

El negro espectro del terror la sacudía con espasmos nerviosos, y la espantosa imagen reproducida en aquella fotografía continuaba fija en sus retinas.

Sabía que no era ningún truco para impresionarla, que alguien, probablemente aquel mismo engendro del infierno que había estado allí, la había torturado lentamente, destrozándola poco a poco, vejándola al mismo tiempo, ultrajándola hasta que ella casi debió volverse loca...

Llamaron otra vez, y se incorporó.

Tras la puerta, balbució:

—¿Quién?

—Soy Edwina Nelson, querida. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí... Un momento...

Trató de componer su peinado y el desorden de sus ropas. Después, abrió la puerta, y la hermosa pelirroja entró sonriendo.

—¿Es una hora inoportuna tal vez? —preguntó, besándola en la mejilla.

—No, no... Por supuesto que no...

—¿Qué te sucede, querida?

—No sé... tal vez una ligera indisposición. Pero entre, usted dijo que le gustaría ver cómo había quedado esta casa, después de la restauración...

—No consiento que me trates con ningún protocolo. Veamos, ¿tienes algo de beber?

—No, lo siento... Marty no soporta el alcohol.

—Lo sé. Éste es uno de sus pocos defectos, una especie de obsesión. Bien, olvidémonos de las bebidas. ¿Te gusta vivir aquí?

—¿En Inglaterra, quieres decir?

—No, no, en esta casa tan enorme.

—Me proporciona independencia...

Edwina se echó a reír.

—¡Es curioso! Me pregunto para qué deseas tener tanta independencia, si no das un solo paso sin tu inseparable Marty.

Turbada, Marsha se internó en la casa, seguida de su hermosa visitante.

Sin ningún entusiasmo, fue mostrándole las distintas dependencias, los muebles de exquisito gusto, elegidos por el propio Marty, los cuadros y tapices...

Edwina emitía algún que otro comentario, pero no era difícil darse cuenta de que estaba impresionada. En cierto modo, eso halagó a Marsha, y la ayudó a sobreponerse al pánico que culebreaba aún en su interior.

Era muy tarde cuando terminaron el minucioso recorrido.

Con voz un tanto crispada, Edwina dijo:

—Has sido muy afortunada, querida. Marty es un hombre muy rico, aunque supongo que eso ya lo sabes. Entrarás en una de las más influyentes familias inglesas...

Ella se estremeció. Al hecho de que esa familia fuera precisamente tan importante se debía su terror, el siniestro futuro que la aparición de Milhas había desplegado ante sus ojos, como un jirón terrible de su propio pasado.

—No supe quién era realmente hasta que llegué a Inglaterra —musitó con voz contenida.

—Pero imagino que no te disgustaría saber que ibas a casarte con una gran fortuna.

Se enderezó.

—Voy a casarme con Marty, no con su dinero.

Edwina soltó una carcajada.

—Eso decíamos todas, cuando le asediábamos —explicó sarcásticamente—, pero, de la primera a la última, sabíamos a qué atenernos. Algún día tienes que contarme cómo lograste cazarlo.

Marsha deseaba estar sola, encerrarse con su miedo, y pensar con relativa calma.

—En otra ocasión —murmuró.

—Oh, claro. Olvidaba que te sientes indispuesta. Te veré cualquier otro día. Permíteme que te felicite por esta soberbia instalación. Vas a ser muy feliz, aquí...

Volvió a besarla y, hablando volublemente, se fue.

Marsha se quedó unos instantes apoyada contra la puerta, los ojos cerrados, y notando los alborotados latidos de su corazón.

Tenía que huir. La idea estalló en su mente, con la fuerza de un golpe.

Escapar sin que nadie supiera, jamás, su paradero. Era la única manera de que Milhas y su gente dejaran en paz a Marty... Sin ella, no se atreverían a intentar nada. Estaban en Inglaterra...

Caminó, vacilante, hacia su dormitorio. Ni siquiera Marty debía saber qué dirección tomaba. Nadie debería saberlo jamás.

Sería su manera de pagar todo el bien que él le había hecho, de devolverle, en parte, la paz por la que se había arriesgado a traerla con él a Inglaterra.

Bruscamente, se arrojó de bruces sobre la cama, y estalló en amargos sollozos...

Ballard se cansó de llamar a la puerta del apartamento de Newton Place. Contrariado, regresó a la calle. El chófer del coche abrió la portezuela.

—¿Al Yard, señor? —preguntó.

—No, vayamos primero a ese caserón donde estuvimos esta mañana.

El coche partió, mezclándose entre el tráfico.

En todo el trayecto, Ballard hubo de confesarse que no sabía exactamente por qué realizaba esta segunda visita a la casa de Marsha. Trataba de convencerse de que era por si Marty Giles estaba allí. Quería hablarle, por supuesto.

Pero eso no pasaba de ser una burda excusa. Con su franqueza habitual consigo mismo, el inspector reconoció, sin rodeos, que deseaba ver otra vez a la muchacha, ni más ni menos.

Le había fascinado, eso era. No recordaba que, en toda su vida, hubiese conocido a otra semejante, con el mismo candor en sus ojos profundos, con su serena belleza, con la ternura que parecía desprenderse de ella como un influjo magnético...

No quiso entretenerse en analizar lo correcto de su actitud.

El chófer dijo:

—Estamos llegando, señor.

Se enderezó, y miró a través de la ventanilla hacia el portalón de la casa.

Y repentinamente, exclamó:

—¡No se detenga! Siga hasta la esquina, y aparque allí.

El chófer obedeció. Cuando hubo acercado el coche a la acera, preguntó:

—¿Qué ocurre, señor?

—Fíjese en ese hombre, Thompsons.

El individuo en cuestión caminaba ahora despacio por la acera, alejándose de la entrada del caserón.

Ballard gruñó:

—Tuve la impresión de que vigilaba esa casa...

Era rechoncho, con una gran cabeza y facciones achatadas. Tenía unos ojos pequeños y crueles, y muy juntos. Llevaba el cabello cortado a cepillo, y vestía un traje de confección, que parecía colgarle de los hombros.

El chófer comentó:

—No es un dechado de elegancia, precisamente.

Le vieron llegar a la esquina, detenerse un instante para mirar atrás, y desaparecer después.

Ballard dijo:

—Espere aquí...

Saltó del coche, y dobló la esquina. El desconocido caminaba casi cincuenta metros más adelante. Él atravesó la calle y siguió caminando sin prisas, mirando los escaparates, o volviéndose para seguir con la mirada el paso de alguna mujer, aunque en realidad casi sin verla, porque su atención estaba pendiente del hombre rechoncho.

Éste rodeó de nuevo la esquina siguiente, y Ballard se apostó en un portal. Le vio detenerse frente a una puerta pequeña, y luego mirar con atención la fachada que se extendía hacia arriba y a los lados.

De pronto, el inspector cayó en la cuenta de que aquélla era la fachada trasera de la gran casa de Marsha Kover. Sintió un estremecimiento de excitación, y aguardó.

El hombre se aproximó a la puerta, y estuvo allí agachado, fingiendo que se ataba el cordón de un zapato. Luego, enderezándose, volvió atrás.

Ballard no le perdió de vista ni un segundo hasta que se detuvo junto al coche.

—Thompkins, encárguese de seguir a ese individuo, vaya adónde vaya. No importa el tiempo que eso le ocupe.

—Muy bien, señor. ¿Me llevo el coche?

—Él va a pie.

—Claro...

—Yo lo conduciré de regreso al Yard.

El chófer se encasquetó el sombrero y, tras un ligero saludo, se fue tras el desconocido.

Robert Ballard se acomodó en el coche, y trató de reflexionar acerca de la extraña conducta del hombre rechoncho. Tal vez fuera el asaltante nocturno, que planeaba una nueva incursión... Pero si fuera así, ¿para qué necesitaba reconocer la cerradura de la puerta que ya había utilizado una vez?

Preocupado, se disponía a apearse, cuando vio abrirse el portalón. La exquisita figura de Marsha apareció en él, en compañía de un hombre alto y apuesto.

—Marty Giles. —Gruñó Ballard.

Deseaba interrogar a aquel individuo también. Pero no en presencia de la muchacha, desde luego.

Les vio alejarse en el instante en que se encendían los faroles de las aceras. Siguiéndoles con la mirada, las suspicacias del inspector comenzaron a inquietarle de manera casi obsesiva.

Al fin, fastidiado, encendió el motor y condujo de vuelta a su despacho, mientras en su mente giraban un sinfín de ideas perturbadoras y que, aparentemente, no tenían nada que ver unas con otras, pero que en el punto donde se mezclaban insinuaban los tintes sombríos de un misterio que era preciso desentrañar...

CAPÍTULO IX

El caballero aparcó el lujoso «Bentley» y apeándose, dio un vistazo a la fachada de la casa.

Aquel viejo caserón restaurado le traía recuerdos de otra época, quizá de su juventud, cuando la vida tenía otros sentidos que con el progreso había perdido, no sabía si para bien o para mal.

Atravesó la acera, y llamó a la puerta.

Una voz, desde el interior, dijo:

—¡Está abierto!

Extraño sentido de la hospitalidad, masculó para sí.

Empujó la puerta, y entró.

El vestíbulo estaba a oscuras, pero al fondo había luz en una puerta abierta.

La puerta que correspondía al salón, lo recordaba muy bien.

No pudo evitar que su voz sonara con cierto tono de disgusto, cuando comentó, al tiempo que avanzaba:

—Confieso que me sorprendió recibir tu llamada, pero me sorprende todavía más esta absurda manera de recibirme...

Llegó a la puerta iluminada, y miró al interior del salón.

Contempló los muebles nuevos, los cuadros de exquisito gusto...

Pero no vio a nadie, allí.

—Si es otra de las malditas costumbres modernas, este juego del escondite...

Calló cuando le pareció escuchar un roce a sus espaldas.

Fue a volverse bruscamente, y entonces todo el dolor del mundo le golpeó en la espalda.

Fue como una llamarada.

Como una profunda desgarradura, cuya intensidad dolorosa explotó en su cerebro, con la fuerza de una bala.

Emitió un ronco grito de agonía, cuando se desplomaba.

Unas manos lo empujaron hacia adelante, precipitándole dentro

del salón. Rodó sobre la alfombra, jadeando, agonizando en medio de una tortura infinita, que le desgarraba las entrañas...

Entre el velo rojo que enturbiaba su mirada, vio descender el acero sobre su pecho. Ya no pudo gritar cuando la nueva desgarradura le hundió en un infierno de dolor increíble, un dolor que desbordaba sus entrañas, convirtiéndose en algo sólido, absoluto.

Sólo jadeó:

—¿Por qué... por qué...?

No distinguió siquiera la mano que manejaba el arma, pero sí vio aún otro chispazo, y sintió otro golpe, y ahora el dolor ya fue la negra sima inmensa de la muerte, y el caballero se sumergió en aquel torbellino viscoso que no tenía fondo, ni precipicio... pero sí fin.

El fin era la muerte.

La luz se apagó, y la puerta del salón se cerró suavemente. Unos pasos quedos se alejaron, y todo fue silencio.

En el caserón volvió a reinar ese silencio solemne que sólo puede escucharse en una catedral vacía.

Descendieron del taxi, y él ordenó al chófer que esperase.

Acompañó a Marsha hasta la puerta, y allí la rodeó con sus brazos. Los labios de ambos se encontraron, y él susurró, después:

—Ya no podría vivir sin ti, Marsha... Nunca me abandones.

—Marty...

—Eres mi razón de vivir. Debes quererme siempre, pase lo que pase... Nada podrá separarnos nunca...

La besó otra vez. Su voz era ronca y titubeante.

Marsha sintió en su cuerpo el contacto de las manos de él. Las manos temblaban.

—Te llamaré mañana —dijo él, de pronto.

Giró bruscamente sobre sus pies, y regresó al taxi.

Marsha hubiera querido decirle que debía abandonarle, que debía huir de su vida para salvarle, para salvarse los dos...

Vio partir el taxi, y las lágrimas acudieron a sus ojos. Abrió la puerta, y entró, dominando a duras penas el llanto.

No advirtió el auto que seguía al taxi, un coche pequeño, oscuro, insignificante, tripulado por dos hombres, sombras borrosas en la oscuridad de la calle.

Subió directamente a su dormitorio, y se desvistió, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Desnuda, entró en la ducha, y ni siquiera el contacto frío del agua pudo hacer que reaccionara.

El mundo que había imaginado, la ventura soñada de libertad y paz, era una quimera, y ahora se daba cuenta.

Se enfundó en el pijama. Casi con morbosa curiosidad, abrió el armario para contemplar, una vez más, las dos maletas preparadas. Dejaba buena parte de sus vestidos en la casa, la mayoría de obsequios de Marty, las joyas y perfumes...

Sólo se llevaría lo más imprescindible, lo que pudiera llevar por su propia mano...

Entonces sonó el teléfono, lejano, allá abajo.

Dio un respingo.

El timbre agudo del aparato continuó escandalizando y haciendo añicos el silencio que la rodeaba.

Echó a correr escaleras abajo. Encendió las luces, y se precipitó al aparato.

Éste era nuevo. Lo habían cambiado, al tiempo de arreglar el cable roto. Lo descolgó y dijo, jadeando:

—¡Hable! ¿Quién...?

—¿Marsha?

De nuevo el pánico. Y el frío mortal de la amenaza latiendo en sus venas.

—¡Tú!

—Milhas.

—¿Qué... qué quieres?

—Sólo preguntarte si pensaste en mi propuesta.

—Es una obsesión...

—Eso está bien. ¿No te parece?

—Nunca lo haré, Milhas.

Oyó la risa sarcástica de él, a través del auricular.

—Cambiarás de parecer, querida Marsha.

—¡No!

—Te digo que cambiarás... Escucha, dale prisa por casarse. He recibido nuevas órdenes, ¿sabes? Cásate con él pronto... Adelanta la fecha con cualquier excusa y...

—¡Basta, basta!

—Bien, nos obligarás a darte una pequeña muestra de cómo es este juego.

—No te temo ya, Milhas.

Él dejó de reír.

—Pero estás enamorada de ese inglesito elegante...

La comunicación se cortó en seco. Ella se estremeció.

—¡Milhas! —Rugió la muchacha.

Ya no hubo respuesta.

Golpeó frenéticamente el soporte hasta obtener la señal para marcar. Trazó apresuradamente el número de Marty. Se equivocó, y hubo de empezar otra vez, frenética.

Debía advertirle... ponerlo en guardia contra la amenaza que se cernía sobre él. Habría de darle cualquier excusa... prometerle una explicación para el día siguiente, sólo que ya no habría día siguiente porque para entonces se habría marchado...

Oía el timbre zumbear incesantemente al otro extremo de la línea. Una angustia mortal la dominó.

Las últimas palabras de Milhas sólo podían significar una amenaza para Marty... Le atacarían, sabían hacerlo bien. Sería una advertencia para ella...

¡Marty!

El teléfono zumbaba una y otra vez.

Él no respondió.

Colgó, con la angustia torturándola. Desesperada, miró en torno, como si esperase hallar una respuesta a su pánico, a su desesperación infinita.

No encontró ninguna respuesta, ningún consuelo.

Pero vio la oscura mancha junto a la puerta de la sala.

No recordaba haberla visto antes, ni podía imaginar cómo se había producido.

Instintivamente, se acercó a aquella puerta, mientras continuaba buscando, con obstinación, una fórmula de prevenir a Marty...

La mancha era pardusca, casi roja. Brillaba en algunos puntos, allí donde aún no se había secado.

Sangre.

Parecía sangre.

El corazón dejó de latirle por un instante, mientras un frío terror

culebreaba por su espalda hasta estallarle en la nuca como un golpe.

¡Era sangre!

No cabía ninguna duda.

Tanteó el tirador de la puerta, pero no se atrevió abrirla.

Jamás antes, ni siquiera ante las presiones de Milhas con todo lo que éstas significaban, había experimentado aquella marea de pánico.

Tras aquella puerta, había algo.

Algo terrible. Aquella mancha de sangre así lo anunciaba...

Buscó valor para abrirla. Giró el tirador con infinita lentitud, temblando, casi gimoteando de miedo retenido.

La puerta giró suavemente, en silencio. El salón estaba a oscuras.

Marsha tanteó en la pared hasta que sus dedos se posaron, como mariposas asustadas, sobre la llave de la luz.

De nuevo vaciló, sin fuerzas para encenderla, temerosa de lo que iba a ver... si es que había allí algo que ver.

Al fin, se decidió.

La gran lámpara central desparramó una catarata de luz.

Y mostró también el cuerpo tendido sobre la alfombra, la sangre que se extendía como un lago rojo, las espantosas desgarraduras que casi lo habían abierto en canal...

Marsha emitió tal alarido que hasta los cristales de la lámpara vibraron.

Siguió gritando, desgarrándose la garganta con cada aullido hasta que el terror y el pánico fueron superiores a todo otro sentimiento, y se desplomó inerte, como una pobre muñeca rota.

CAPÍTULO X

Milhas salió de la cabina telefónica, con una hosca expresión en su cara afilada.

Inclinándose junto a la ventanilla del pequeño coche oscuro, preguntó:

—¿No ha salido?

—Aún está dentro. ¿Qué hacemos? —preguntó el hombre rechoncho llamado Huserik.

—Ella necesita un pequeño estímulo. —Gruñó Milhas, con voz bronca—. Le daremos una lección al inglés, y eso la hará reflexionar.

—Preferiría ocuparme de ella. Esa mujer es extraordinaria.

—Ya tendrás ocasión, pero sólo cuando haya hecho su parte del trabajo.

Los ojillos porcinos de Huserik relampaguearon, desbordantes de lujuria y crueldad.

—No me lo perdería, por nada del mundo —barbotó—. Lo malo es el tiempo que habrá que esperar.

—A veces, me pregunto qué es lo que anda mal en tu cabeza... Pero quiero que entiendas esto, Huserik... Al inglés sólo unos golpes. No se te ocurra pasarte de rosca o te mato.

—Yo nunca fallo.

—Pero se te va la mano con demasiada frecuencia. A ése sólo una paliza, procurando que le queden unas cuantas señales en la cara para que ella las vea. Eso será todo. ¿Entendido?

Fastidiado, el hombre rechoncho gruñó su asentimiento y se apeó.

Los dos dieron un vistazo a la barandilla de hierro que protegía los escalones del semisótano.

Milhas refunfuñó:

—Lo que no comprendo es que ese tipo viva ahí, teniendo su

posición. Es rico. Debería vivir mejor, digo yo.

—Eso no nos importa. ¿Entramos?

—Claro.

Atravesaron la calle.

Justo cuando llegaban a la otra acera, él apareció.

Llevaba un traje oscuro, casi informe. Se detuvo, sorprendido, cuando los dos hombres le cerraron el paso.

—Necesitamos hablarle —dijo Milhas, en su mal inglés.

—¿A mí?

—Seguro que es a usted —rió Huserik.

—¿Quiénes son ustedes? No les conozco...

—Ahora nos conocerá. Tenemos algo muy importante que decirle. Vayamos abajo, a su apartamento.

—No, allí, no. Hablen aquí, si realmente tienen algo que decirme.

—¡He dicho abajo!

—¡Oiga...!

Huserik volteó el brazo, y una tremenda bofetada lanzó al hombre escaleras abajo.

Apenas aterrizó frente a la puerta cerrada, los dos asaltantes estuvieron junto a él.

Milhas gruñó:

—Abra la puerta y pórtese bien. Eso es una simple charla, si usted no lo complica.

Él se levantó, perplejo y asustado.

Abrió la puerta, y entraron, tras encender las luces.

Estupefactos, los dos extranjeros contemplaron la delirante decoración de aquel antro.

Huserik se quedó boquiabierto, al ver las obscenas pinturas que decoraban las paredes, y las espeluznantes aberraciones de otros cuadros, que recibían una luz adecuada para arrancarles todo su siniestro significado.

—¿Tú ves eso, Milhas?

—¡Nada de nombres, estúpido!

—¿Qué? Oh, bueno, nuestro amigo inglés no hablará porque, si lo hiciera, tendríamos que cortarle la lengua poco a poco... ¡Qué cuadros! No había visto jamás cosa parecida.

—¿Qué... qué quieren de mí?

—Sería complicado de explicar. Todo lo que necesita saber es que la cosa será sólo una ligera advertencia.

—¿Advertencia de qué?

Sin replicar, Milhas disparó un puntapié hacia arriba. Él lanzó un quejido, y rodó hecho un ovillo, jadeante y gruñendo.

Huserik rió sonoramente.

—No grita... Es un inglés, inteligente. Sabe lo que le conviene. ¡Levántese!

—No... no puedo...

El rechoncho le descargó un puntapié en las costillas. Él se acurrucó junto a un diván, enroscado sobre sí mismo, lloriqueando de dolor.

—No es ningún héroe, me parece —comentó Milhas—. ¡En pie!

Dolorosamente, él se enderezó, apoyándose en el diván.

Huserik estaba riéndose. Sin dejar de reír, lanzó el puño contra su cara, un puño enorme y duro, que retumbó igual que una maza en un costado de la cabeza.

Pensó que se la arrancaban de cuajo, y se derrumbó sobre el diván.

Milhas le golpeó entonces repetidamente en el rostro. Eran golpes medidos, brutales, aplicados con los nudillos desnudos, y destinados tanto a producir dolor como a dejar una visible señal de cada uno de ellos.

Huserik gruñó, dejando de reír.

—Ya no me divierte... Ni siquiera trata de defenderse... Todo un inglés, orgulloso y con blasones... ¿No se dice blasones, compañero?

Estaba hablando aún cuando de nuevo su puño martilleó la cabeza oscilante de su víctima, que rodó de nuevo por el suelo.

Se quedó allí, jadeando, con un bronco gruñido escapándole de los labios rotos.

Milhas comentó:

—Tienes razón... No resiste nada. Ayúdale a levantarse.

—¿A puntapiés?

—¡He dicho que le ayudes! Quiero verlo de pie para golpearlo otra vez.

—Habrá de sostenerlo, entonces...

Huserik se inclinó sobre el cuerpo enroscado, riéndose entre

dientes. Le agarró por los cabellos, y comenzó a tirar hacia arriba.

Milhas encendió un cigarrillo, mientras esperaba. Le sorprendía aquella pasividad, pero facilitaba su cometido. Oía reír a su compañero, y aquella risa le crispaba los nervios. Huserik gozaba con esta clase de tareas... Algo andaba mal en su cabeza, eso era seguro.

Inesperadamente, la risa de Huserik se convirtió en un ronco quejido, un estertor espeluznante, que gorgoteó como algo líquido.

—¿Qué diablos...? —barbotó Milhas, enderezándose.

En la penumbra de las extrañas luces vio a los dos hombres de pie. Huserik había levantado a su víctima, pero ahora estaba tan juntos, que no se sabía quién sostenía a quién.

Vio un fugaz y centelleante movimiento. El recio corpachón de Huserik se envaró, y luego salió disparado hacia atrás.

Entonces, Milhas vio el torrente de sangre que brotaba de la garganta abierta de su cómplice, y la tremenda desgarradura de su estómago.

No podía Creerlo.

Aquello era algo que no podía sucederles a ellos.

Instintivamente, con torpeza porque estaba desconcertado, hundió la mano bajo la chaqueta.

Vio el cuchillo enorme, de ancha hoja, que venía a su encuentro, y trató de esquivarlo. La hoja de acero le abrió un terrible surco en un costado, por el que empezó a desbordarse la sangre.

Fue en aquel instante que vio el rostro de aquel hombre, y todo el terror que jamás antes conociera se adueñó de su conciencia.

Porque no era un rostro humano realmente lo que tenía ante sí, sino la máscara desencajada y salvaje de la demencia convertida en sangre, en ansias de despedazar; la carátula siniestra de algo que se había desencadenado ante él como la fuerza infernal del demonio.

Consiguió, al fin, sacar la pistola. El cuchillo chispeó al descender como un relámpago sobre su mano, y Milhas se encontró, de pronto, con que la pistola no obedecía a sus dedos sin fuerza... se encontró prácticamente sin mano, porque la afilada hoja le había cercenado la muñeca.

Lanzó un alarido, y trató de huir hacia la puerta. Un dolor atroz en la espalda le lanzó de bruces contra el suelo, donde se revolvió aún, con la desesperación de la muerte.

Él estaba erguido, casi sobre su cabeza, mirándole con aquellos ojos desorbitados, que no eran los de un ser humano. Barbotaba algo entre dientes, algo que Milhas jamás pudo entender.

Le vio inclinarse poco a poco.

Se retorció, a pesar de que cada movimiento le producía dolores de agonía en la espalda, dolores que le estallaban en llamaradas por todo el cuerpo.

El cuchillo descendía... sin prisa. Estaba ante su rostro.

Sacudió la cabeza, incapaz de arrastrar su cuerpo fuera del alcance de aquel demonio.

Y entonces sintió de nuevo la llama viva del acero en la cara, y ya no pudo gritar siquiera porque aquel demonio se entregó frenéticamente al infernal rito de la sangre.

Un rito que ellos habían provocado, sin saber que, con su atentado, desencadenaban todas las fuerzas siniestras del mal.

CAPÍTULO XI

El inspector Ballard miró los dos cuerpos y sus horripilantes heridas.

El médico forense comentó:

—Éste tiene la mano casi cercenada, además... Y el otro... Casi le cortaron la cabeza en redondo.

—Preferiría escuchar un informe técnico, y no sus comentarios morbosos, doctor.

El médico rió entre dientes.

—Ballard, usted equivocó la carrera. ¿Y qué le sugiere esta decoración? No me negará que esos cuadros son altamente sugestivos...

—Una basura. Una maldita y nauseabunda basura.

—Fíjese en ése. Parece un aquelarre de brujería, pero al pintor se le fue la mano, y lo convirtió en una orgía demoníaca...

—Los psiquiatras del Departamento tendrán algo que decir de todo esto. Sólo a una mente enferma le puede seducir vivir aquí con todo esto. Aparte de que sólo una mente tarada puede matar de ese modo.

—Hablando de dementes... ¿Se ha fijado en las heridas, inspector?

—Cuchilladas, ya lo vi.

—Con un cuchillo largo, de hoja ancha y afilada.

Ballard pegó tal respingo que casi cayó sobre el médico.

—¿Pretende insinuar que se trata del mismo cuchillo que...?

—Lo parece.

—Sería demasiada suerte... porque ahora tenemos un inquilino a quien buscar, cuando en el caso de las mujeres asesinadas no teníamos nada.

—Examinaré estas heridas en la sala de disección, y le enviaré el informe a su despacho. Pero, por anticipado, puedo decirle que,

superficialmente, parecen causadas con la misma clase de arma.

—Si fuera cierto...

Ballard se desentendió del médico, yendo hacia la puerta.

En el pequeño rellano, había un guardia y dos hombres, que esperaban.

—¿Cuál de los dos es el administrador? —preguntó.

Uno gruñó:

—Yo, inspector. Me llamo Robbut.

—Yo soy Bruce Jennings —exclamó el otro—. Fui quien les llamó, ¿sabe?

—Cuénteme qué sucedió.

—Lo que sucedió, lo ignoro. Trabajo en un hotel, y termino muy tarde. Cuando regresaba a casa, vi las huellas en la acera... huellas rojas. Me sorprendió, y traté de seguir las en sentido inverso, ¿entiende? Así fue cómo llegué aquí, y vi que terminaban ante esta puerta. Supe que era sangre porque la toqué, y me embadurné los dedos... No fue nada agradable, desde luego. Entonces llamé a la policía.

—Hizo usted muy bien, señor Jennings... Y usted, señor Robbut, ¿puede decirme quién ocupa este apartamento?

—El señor Holman... ¿Le ha sucedido algo a él, está ahí dentro?

—Ahora nos lo dirá usted. Hay dos cadáveres, y es posible que uno de ellos sea el del inquilino. Espero que no sea usted muy impresionable.

—¿Quién, yo? Estuve en el desembarco de Normandía, ¿sabe?

Ballard pensó que de esa experiencia hacía ya demasiados años; no obstante, se encogió de hombros, y señaló la puerta al administrador del edificio.

—Adelante —dijo—. Trate de identificarlo.

Robbut entró resueltamente. Jennings se deslizó también, sin que nadie le invitara, empujado por su Morbosa curiosidad.

El excombatiente de Normandía se detuvo en seco, ante el espectáculo. Algo áspero y amargo se agolpó en su garganta, boqueó y, dando media vuelta, salió disparado.

Jennings se quedó sin aliento, pronunció una especie de quejido, y luego también se fue hacia el exterior, dando traspiés.

Ballard les siguió. Esperó a que Robbut acabara de vaciar su estómago en la acera, y luego gruñó:

—Y bien, ¿es alguno de ellos su inquilino?

—No... ¡Dios bendito! No imaginé que...

—Lo sé, lo sé.

Ballard volvió abajo, malhumorado.

Los peritos estaban trabajando a marchas forzadas, mientras relampagueaban los chispazos de los fotógrafos.

El médico comentó, mientras cerraba su maletín:

—Me gustaría disponer de una colección de fotografías de esos cuadros, Ballard... Sería cosa de ver el escándalo que armaría mi mujer.

—Ya le dije que tenía usted una mente obscena, doctor.

Riéndose entre dientes, el forense le dejó plantado, sin más explicaciones.

El inspector dejó que sus hombres trabajaran en paz, y volvió al lado del administrador.

—¿Se encuentra usted en condiciones de responder unas preguntas, señor Robbut? —le espetó.

—Sí, claro que sí.

—Para empezar, ¿qué tal inquilino es ese tal Holman?

—Un caballero muy correcto, inspector. No creo que él tenga nada que ver con esa carnicería.

—Tal vez no. Hábleme de sus costumbres.

—Bueno, no suele pasar mucho tiempo aquí, usted sabe. A veces, está meses sin aparecer, aunque yo recibo su cheque con toda puntualidad. Luego, de pronto, aparece y, durante unas semanas, ocupa su piso, entra y sale cuando quiere, a cualquier hora. No habla con nadie, y nunca recibe visitas... Es todo lo que puedo decirle, creo.

—Describámelo, por favor.

—Bien, es casi tan alto como usted, aunque más delgado. Tiene el cabello negro, los ojos castaños y suele vestir bien...

—He observado que no hay teléfono, pero sí la conexión.

—El señor Holman mandó que lo retirasen, cuando alquiló el sótano. Dijo que no lo quería, que el teléfono no servía más que para esclavizarle a uno... Nos sorprendió un poco, pero le fue retirado, dándolo de baja.

—Un comportamiento un tanto chocante, ¿no le parece? Igual que esas pinturas de las paredes.

—¿Qué pinturas?

—Usted se ha impresionado tanto con los cadáveres, que no ha visto nada más... No importa. ¿Sabe si hay algún lugar donde se pueda localizar al señor Holman, a estas horas?

—No, señor.

—¿Contra qué Banco están girados los cheques con qué paga el alquiler?

—Contra el Central City Bank.

—¿Siempre son cheques del mismo Banco?

—Invariablemente.

Uno de los expertos que estaban trabajando en el apartamento, asomó por la puerta, llamándole.

Ballard descendió otra vez.

—Creo que le interesará ver la caldera de la calefacción, inspector...

—¿Por qué?

—Se han quemado infinidad de ropas en ella, recientemente.

Ballard examinó el montón de cenizas.

—Los laboratorios tendrán mucho que decir sobre esto. —
Gruñó.

—Me ocuparé de remitirlas allí, señor.

—¿Han terminado en el dormitorio?

—Sí, hace unos minutos.

—¿Huellas?

—Muchas, como en el resto del apartamento.

—Que las identifiquen cuanto antes.

Se fue hacia el dormitorio. Toda una pared estaba ocupada por otra delirante pintura, en tonos rojos y negros. Le volvió la espalda porque aquellas escenas le producían vértigo.

Abrió el armario, sucio aún por el volátil polvo que los peritos en huellas dactilares habían desparramado.

Había dos trajes de precio, colgados en sendas perchas, pero, al revisar los bolsillos, no encontró nada.

En unos cajones aparecieron algunas prendas de ropa interior, calcetines, pañuelos y una camisa limpia.

La cama había sido revuelta por los policías, pero nadie había dormido en ella, esa noche.

Había un pequeño tocador en un ángulo, frente a un espejo, que

reflejaba invariablemente la gran pintura mural.

Sobre el tocador no había absolutamente nada, pero en sus dos cajones encontró más pañuelos sin marcar, de buen género. Fastidiado, y, con un gesto de rutina, los revolvió.

Fue así cómo descubrió el pequeño sobre, de papel fino.

Era uno de esos sobres que se utilizan para las entregas de las fotografías de carnet.

Con un sobresalto de excitación, lo tomó. Por un instante, tuvo la loca esperanza de que contuviera la foto del inquilino del apartamento, el misterioso señor Holman.

No era así.

Se trataba de la fotografía de una mujer.

La fotografía de Marsha Kover.

Con la pequeña fotografía en la mano, Ballard sintió que su corazón aceleraba sus latidos. Un escalofrío culebreó por su cuerpo.

Ahora tenía algo concreto. No sabía bien qué, ni cuál era su importancia, pero era algo tangible, corpóreo hasta donde una fotografía puede serlo.

Y, además, una perfecta excusa para visitar a la muchacha a cualquier hora... incluso a ésa tan intempestiva de la madrugada.

Salíó, de estampida. Dio breves instrucciones a sus hombres y, cuando se disponía a marcharse, recordó otra cosa y dijo:

—Quiero el resultado del análisis de las huellas dactilares inmediatamente. Ponga a alguien a trabajar en ellas, y lleven dicho resultado a mi despacho. Llamaré por teléfono, si no puedo ir a comprobarlo por mí mismo.

Salíó a la calle. Robbut fumaba un cigarrillo, sentado en los últimos escalones.

—¿Dónde hay un teléfono? —le espetó.

—En la esquina sur, al otro lado de la calle.

Fue a la cabina y llamó a Scotland Yard.

—Aquí el inspector Ballard —dijo—. Quiero hablar con el agente Thompson.

—No ha regresado aún, señor.

Colgó, impaciente, tomó su coche y condujo a toda velocidad.

Cuando llegó a las inmediaciones de la casa de Marsha, vaciló, pero, tras estacionar el coche, vio luz en una ventana de la planta baja, así como en otra del piso.

Resueltamente, llamó a la puerta. Esperó y repitió la llamada otra vez, impaciente.

No hubo respuesta alguna. Algo se contrajo en su estómago, algo, como un ramalazo de temor.

Probó la puerta, pero estaba bien cerrada.

Por la ventana iluminada no pudo ver nada porque una espesa cortina la velaba por dentro.

Corrió hacia la esquina, y de allí hacia la puerta posterior.

La encontró abierta, y se quedó un instante perplejo ante ella. Luego, casi conteniendo el aliento, se internó en la casa, encendiendo luces a su paso.

—¿Hay alguien aquí? —gritó, cuando desembocó en un pasillo amplio que ya conocía, porque era el mismo que conducía a la cocina.

No obtuvo respuesta.

Siguió adelante, hasta el vestíbulo.

La luz, allí, estaba encendida. Al primer vistazo, descubrió los pies de una mujer caída dentro de una sala, cuya puerta estaba abierta de par en par.

—¡Marsha! —jadeó.

En dos saltos estuvo junto a ella. La muchacha llevaba sólo un breve pijama, cuya chaqueta aparecía desabrochada. Tenía un cuerpo de piel suave y blanca, sedosa, y su busto se agitaba con espasmos, como si apenas pudiera respirar.

Cuando pudo apartar la mirada de ella, descubrió el cuerpo del hombre y la sangre, y le pareció que esa noche estaba sumido en una pesadilla brotada del infierno.

Inclinándose sobre la muchacha, la levantó en brazos, comprobando que ni moviéndola reaccionaba.

Corrió, con ella, escaleras arriba hasta el dormitorio. Depositándola sobre la cama, volvió a mirarla con una extraña ternura.

Buscó el cuarto de baño, pero no encontró en él nada que pudiera servirle para reanimarla. Tampoco había ninguna botella de licor en toda la casa.

Enfurecido consigo mismo, regresó arriba y abrió el armario. Tal vez allí...

Allí sólo había dos maletas cerradas. Estaban llenas, según

comprobó al levantarlas. El resto de las ropas estaban en desorden, como dejadas a un lado, después de hacer un equipaje rápido.

Tras él, la muchacha emitió un leve quejido.

De un salto, estuvo a su lado. Le abofeteó suavemente el rostro.

—¡Marsha! ¿Puede oírme?

Ella parpadeó.

—Soy el inspector Ballard, ¿me recuerda usted? No tema, nada va a sucederle...

De pronto, advirtió que tal como estaba la chaqueta del pijama, el busto breve y juvenil de la muchacha quedaba al descubierto. Apurado, atrapó el borde de una sábana, y la cubrió cómo pudo.

—¡Marsha!

Ella le miró, de pronto. En sus grandes ojos negros aleteó el horror. Luego, al reconocerle, un sollozo le desgarró la garganta.

—Vamos, vamos, tranquilícese...

Repentinamente, ella se incorporó, temblando y llorando. Se echó en sus brazos desesperadamente, como buscando un refugio seguro, un amparo que pudiera librarla de su terror.

Apurado, Ballard no supo qué hacer. Luego, la rodeó con sus brazos. No recordaba que nunca, antes, hubiera sentido esa ternura infinita, esa sensación de aturdimiento, pero también de profundo bienestar, al sentir en sus manos el contacto frío de la piel de Marsha.

—Abajo... ¿lo vio usted? —balbuceó la muchacha.

—Sí. ¿Quién era?

—No lo sé... Jamás lo había visto... Lo encontré allí y...

Los sollozos ahogaron su voz. Ahora lloraba, dando rienda suelta a su histeria.

Él la dejó llorar un rato, sin tratar de consolarla. Lo necesitaba.

Cuando se calmó, levantó la cara y le miró a él. Una mirada profunda, que se aquietaba poco a poco.

—¿Cómo... cómo me encontró usted? —susurró.

—Vine por otro asunto. ¿Se desmayó usted cuando lo encontró?

—Sí...

—Entonces, ha estado mucho tiempo inconsciente...

—¿Cómo puede saberlo?

Él estuvo a punto de decirle que a causa de la sangre completamente coagulada, pero se calló. No quiso causarle más

trastornos.

—Cuénteme cómo fue que lo encontrase allí... ¿Sabía usted que ese hombre estaba en la casa?

—No...

Le contó lo sucedido. Cómo había llegado, subiendo directamente al dormitorio. Cómo alguien la había llamado por teléfono y, al descender, había visto la mancha...

—¿Quién hizo esa llamada, el señor Giles?

—No... Un... un conocido.

No insistió. Ya habría tiempo.

—He de llamar por teléfono —dijo—. Si me suelta, quizá pueda hacerlo.

Ella trató de sonreír, y se apartó.

Entonces advirtió que la sábana se había deslizado hacia abajo, y que buena parte de su hermoso cuerpo estaba al descubierto.

Ballard murmuró una disculpa, y se volvió.

—¡No me deje sola!

—Bueno, vístase y...

La oyó saltar del lecho y, cuando llegó a su lado, se había abrochado el pijama y estaba envolviéndose en una bata.

Descendieron abajo, y él llamó a su despacho. Cuando colgó, dijo:

—Llegarán en unos minutos. ¿Qué tal si prepara ahora un poco de ése estupendo café, señorita?

—Yo también lo necesito...

—Entretanto, daré un vistazo ahí dentro. Necesitamos saber quién era ese pobre hombre.

—Bien... le esperaré.

Ballard se inclinó sobre el cadáver. Era un hombre que había rebasado los cincuenta y cinco años, menudo, pero fuerte. Vestía ropas de excelente corte, y tanto su corbata como su camisa era de la más fina seda, algo muy exclusivo en esta época.

Tratando de no descomponer nada, hundió los dedos en un bolsillo de la chaqueta, y extrajo una cartera.

El hombre se llamaba Arístides Giles... Lord Arístides Giles.

Era el miembro del Gobierno y de la Cámara de los Lores.

El tío de Marty Giles.

CAPÍTULO XII

Marsha estaba acurrucada en una butaca, mientras los hombres de Ballard hacían su trabajo.

Una vez más, ella pensó en Marty, en la razón por la cual tampoco esa noche había podido comunicarse con él, en su apartamento de Newton Place, en que estaba sola y necesitaba a alguien...

El inspector apareció junto a ella. Sonrió confiadamente, y murmuró:

—¿Se encuentra mejor?

—Sí... creo que sí.

—He de ir a mi despacho, pero se quedarán aquí dos de mis agentes, cuando los demás hayan terminado.

—No pienso quedarme aquí, inspector.

—¿Cómo?

—No podría soportarlo.

—Claro, lo comprendo. ¿Es por eso que tiene preparadas sus maletas?

Ella parpadeó. Si pudiera confiar en este hombre... si lo que creía adivinar en aquellos ojos acariciadores fuera real...

—No —susurró—. No es por eso.

—¿Entonces...?

—Ahora, no, por favor. No tiene nada que ver con lo sucedido.

—Está bien, esperaré. Pero no mucho. Volveré tan pronto termine en mi despacho, y entonces decidiremos el mejor lugar dónde alojarse.

Ella asintió, en silencio. Durante unos largos instantes, sus miradas permanecieron fijas, estáticas, el uno en el otro.

De pronto, decidiéndose, Ballard dijo con voz ronca:

—Le mego que atienda un consejo, señorita...

—Sí... Pero me gusta más cuando me llama por mi nombre.

—Marsha... A mí también me seduce pronunciarlo. Pero no nos desviemos ahora. El consejo es que no se quede sola con el señor Giles, si aparece por aquí. Trate de tener siempre a mis hombres cerca. Ellos ya están advertidos.

La muchacha se incorporó poco a poco, muy pálida.

—Inspector... ¿Sospecha usted que Marty haya podido... hacer esa cosa horrible? Él estimaba mucho a su tío... Me había hablado de él, en ocasiones...

Ballard sacó la pequeña fotografía de Marsha, y se la mostró.

—¿Recuerda cuándo le hicieron esta fotografía, Marsha?

—Claro... es una de las que necesité para mi permiso de residencia en Inglaterra.

Él sintió un escalofrío de excitación.

—Entonces, y aunque ahora no puedo explicárselo, no se quede sola con Marty Giles, bajo ningún pretexto. Bajo ninguna circunstancia. Porque imagino que fue él quien le tramitó ese permiso.

—Naturalmente...

Él cabeceó. Le dio unas palmadas tranquilizadoras en la mano que retenía en la suya, y se fue apresuradamente.

El trayecto hasta Scotland Yard, a esas horas tranquilas de la madrugada, lo realizó en escaso tiempo, aunque para ello hizo añicos todas las leyes de tráfico.

Thompkins le aguardaba, impaciente.

—Creo que tengo algo interesante, inspector.

Ballard asintió distraídamente. Descolgó el teléfono, y comunicó con el Departamento de Identificación.

Tras hablar unos instantes, escuchó los informes. Una palidez cadavérica cubrió todo su rostro, ante lo que oía. Luego, colgó muy despacio, absorto, ante el estupor de su subordinado.

Pasaron por lo menos tres minutos antes de que reaccionara.

—¿Decía usted, Thompkins?

—Conseguí un informe de nuestro psiquiatra, respecto a los crímenes de las mujeres ebrias. Personalmente, creo que es muy interesante. Lo tiene usted ahí sobre la mesa.

—Eso puede esperar ahora.

Su voz fue más seca de lo normal. Thompkins creyó adivinar la razón de esa sequedad, y dijo apresuradamente:

—Lamento que el individuo que seguía se me escabullera, inspector... Ya le dije que había entrado en un coche, conducido por otro, y para cuando pude encontrar un taxi, ya habían desaparecido.

—Eso no importa mucho. Debe usted saber que el individuo rechoncho está muerto, casi decapitado, y con una cuchillada tremenda en el estómago.

—¡Cuernos! ¿Quién...?

—No lo sabemos aún. Había otro cadáver junto a él, que imagino sería el del hombre que le esperaba en el coche. Los dos tuvieron un mal encuentro.

—¿Qué desea usted que haga ahora, señor?

—Tiene usted derecho al relevo. No tardará en amanecer y...

—Prefiero continuar con este asunto, si no tiene usted inconveniente, inspector.

—Supongo que lo encuentra más excitante que acompañarme al volante del coche.

—Es cierto, ¿para qué negarlo?

Ballard asintió.

—Espere a que lea esto.

Se enfrascó en la lectura del informe del Departamento de Psiquiatría. Era un trabajo extenso, y lleno de pormenores científicos, pero que, no obstante, le dio otros derroteros a sus teorías.

Cuando terminó, dijo:

—¿Le gustaría notificar a alguien el asesinato de su hermano?

Thompkins se encogió de hombros.

—No es un trabajo que me seduzca, pero si no hay más remedio, lo haré.

—Busque las señas de una tal señora Giles. Su hermano, lord Aristides Giles, ha sido asesinado esta noche. Irá usted a verla, y la informará... Póngase al corriente de los detalles, en la sala de detectives. Luego, le preguntará usted si su sobrino Marty Giles sufrió alguna vez algún trastorno, que requiera tratamiento psiquiátrico. Si resulta que sí, sáquele usted los detalles, todo lo que pueda, incluyendo el nombre del doctor que lo trató y, si estuvo internado, el nombre de la clínica.

—Muy bien, señor.

El agente salió.

Ballard fumó un cigarrillo. Sentíase excitado, y tenía la impresión de que tenía al alcance de la mano el mayor éxito de su carrera, un éxito que bien podría significar un ascenso en breve plazo.

Descolgando el teléfono de comunicación interior, habló brevemente con el departamento de archivo, y esperó hasta que le trajeron un viejo *dossier*. *Estuvo sumido en su estudio durante media hora larga. A medida que releía aquellos informes, muchos de los cuales había redactado él mismo, sus recuerdos tomaban cuerpo, hasta llegar a lo que realmente había buscado.*

Casi saltó del sillón, a impulsos del entusiasmo.

Finalmente, dio un vistazo a las fotografías atroces de una mujer asesinada, y cerró la carpeta amarillenta.

Estaba impaciente por regresar al lado de Marsha. Ahora, más que nunca, necesitaba estar junto a ella y hablarle, porque, por su parte, ya no tenía dudas de sus sentimientos.

Pero, antes, debía ultimar otro trámite y, para ello, era necesario esperar la llegada del superintendente.

CAPÍTULO XIII

El superintendente era un hombre obeso, un tanto engreído, y que sentía un respeto casi supersticioso por las jerarquías.

La sola idea que una acción suya pudiera provocar la menor alteración en las altas esferas, le ponía frenético.

Quizá por eso exclamó:

—¡Pero, Ballard! ¿Cómo ha podido ocurrírsele semejante idea, sin más base que sus sospechas?

—En mi opinión, son algo más que sospechas.

—Sin embargo, ese joven Giles pertenece a la nobleza. Y no irá usted a decirme que cree seriamente que él ha asesinado a su propio tío. Precisamente, el viejo Arístides es miembro del esquí club, y he hablado a menudo con él, respecto a su sobrino. Es un muchacho excelente...

Ballard suspiró.

—Las huellas de Marty Giles estaban por todo el apartamento del sótano donde fueron encontrados los dos cadáveres acuchillados. Las señas del inquilino corresponden a él. Había allí una fotografía de Marsha Kover, esa muchacha que vive en la casa de Giles.

—Indicios circunstanciales, solamente... Es preciso hablar con el joven Giles, pero me niego a firmar una orden de captura, hasta tanto no se aporten pruebas concretas, Ballard.

—Hay algo más, señor.

El superintendente suspiró.

—Termine usted.

—El zapato encontrado en el sótano de la casa de Marty Giles. Ya le informé que era, sin ninguna duda, el zapato que faltaba del par que debiera haber llevado puesto el cadáver de la mujer encontrada hace seis o siete meses en un colector. Aquella mujer había sido asesinada, y ahora he comprobado que las heridas del

cuerpo corresponden a un cuchillo de las características del utilizado por el asesino de las prostitutas ebrias.

El superintendente casi se ahogó.

—¡Ballard! —exclamó, indignado—. ¿Pretende usted que el joven Giles es también el matador de todas esas busconas?

—Sólo lo relaciono en cuanto a la coincidencia de las características de cada herida. Las mismas dimensiones en las de esas busconas, en el cadáver de la mujer a la que faltaba un zapato, y en las de esos dos hombres hallados esta noche. Todas parecen haber sido inferidas con el mismo cuchillo. Además, el zapato fue encontrado en el sótano de una casa de su propiedad.

—Que, por el tiempo en que aquella mujer fue muerta, estaba cerrada y deshabitada. Cualquiera pudo introducirse en ella.

Ballard se contuvo a duras penas.

—Está bien, señor —murmuró—. Me limitaré a buscarle para formularle unas preguntas, según la fórmula habitual.

—Y tenga cuidado. Su familia es influyente.

El inspector asintió, con un gesto de desaliento.

Antes de que saliera, el superintendente aún dijo:

—Menos mal que no afirma usted que las heridas que acabaron con lord Giles coinciden, también, con ese maldito cuchillo...

Salió de la lujosa oficina, y descendió a la suya, cabizbajo y preocupado.

Se hubiera preocupado más, de haber podido saber lo que estaba sucediendo en la casa de Marsha...

El timbre del teléfono hizo dar un respingo a la muchacha y volverse a los dos agentes de paisano, que charlaban en voz baja junto a la puerta.

Marsha lo descolgó.

—Hable —murmuró.

—¡Marsha, al fin...!

Ella se quedó rígida, al reconocer la voz de Marthy.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. Estuve tratando de llamarte tantas veces...

—¡Es horrible! Te necesito... ¡Oh, Dios! Sólo puedo confiar en ti, Marsha, eres mi refugio... Creo que me persiguen... me golpearon y estoy tan sólo...

—Pero ¿dónde...?

—Estoy en mi casa, mi apartamento.

—No respondiste ni una sola vez...

—Acabo de llegar. No sé dónde estuve hasta ahora... creo que recorriendo las calles desiertas, caminando. Marsha... Quise venir a reunirme contigo porque sólo tú puedes ayudarme. Pero había coches de la policía delante de la puerta. Estaban buscándome, ¿no es cierto?

—No, en absoluto. —Bajó la voz y añadió—. ¿De veras no sabes nada de lo sucedido?

—¿Qué...?

—Tu tío...

—¿Tío Arístides?

—Sí. Está muerto. Le asesinaron esta noche. Aquí.

—¿En la casa?

Su voz pareció un quejido.

—Sí. Por eso viste a la policía.

—Crean que he sido yo...

—Bueno, sólo quieren hacerte unas preguntas.

—Tú no sabes... ¡Por Dios, Marsha, tienes que venir!

Ella se estremeció recordando la recomendación del inspector.

—Marty, yo...

—¿Vas a traicionarme tú también? —Su voz se hizo plañidera, casi como la de un niño—. Marsha, sólo puedo confiar en ti...

Él la había sacado de Hungría. La había llevado hacia la libertad y la paz, arriesgándose con ello. No era culpa de Marty si, después, Milhas había aparecido como un enviado del infierno...

Y ahora decía que le habían golpeado.

—¡Marty!

—Ven, Marsha...

—Sí... ¿Quién te golpeó?

—Te lo contaré todo... este horrible asunto... estoy a punto de perder la razón... El cráneo me estalla, Marsha, amor mío...

Con voz contenida, ella susurró:

—Iré, Marty. Espérame.

Colgó el teléfono. Él nunca le haría el menor daño. No, a ella.

Los dos policías dejaron de prestarle atención, y volvieron a su charla.

Dominando su nerviosismo, la muchacha se internó en la casa.

Un minuto después, salía por la puerta posterior, perdiéndose en ese amanecer gris y desapacible, mientras Londres parecía despertar paulatinamente de una pesadilla.

Ballard entró. Lloviznaba y, disgustado, sacudió su sombrero.

Los dos policías fueron a su encuentro, deseosos de terminar ese aburrido servicio, después de una noche sin dormir.

—Sin novedad aquí, inspector.

—¿Dónde está la señorita Kover?

—Por ahí anda... Se fue por ese pasillo.

Él pensó que estaría en la cocina, y se alegró. Alrededor de una taza de café podría hablarle con más naturalidad.

Se fue también a lo largo del pasillo, pero la cocina estaba desierta.

—¡Marsha! —llamó.

Tal vez se había acostado, sin que sus hombres lo advirtieran.

Volvió atrás, y les preguntó:

—¿No la vieron subir las escaleras?

—No, señor. Cuando colgó el teléfono, se fue por ese pasillo.

A él el corazón le dio un vuelco.

—¿El teléfono? —barbotó—. ¿Quieren decir que llamó a alguien?

—La llamaron a ella. Estuvo hablando unos minutos.

—¿Con quién?

Se miraron, desconcertados.

—Bueno, no se nos ocurrió acercarnos para escucharla.

Él se lanzó escaleras arriba. Volvió a bajar tan deprisa que pareció como si hubiera rebotado.

—¿No oyeron lo que hablaba, no pronunció el nombre de nadie, de algún hombre, por ejemplo?

Los dos se consultaron con la mirada.

Luego, uno de ellos dijo, titubeante:

—No recuerdo que pronunciara ningún nombre... sólo dijo algo de Newton Place o algo así.

Ballard dio un respingo, y sintió tentaciones de golpear a alguien.

—¡Newton Place! —jadeó—. ¡Condenación! Vengan conmigo.

Echó a correr hacia el coche, como si le persiguieran todos los diablos del infierno, seguido de los perplejos policías.

Arrancó el coche con tanta violencia que patinó sobre el mojado asfalto, y casi quedó atravesado en la calle. Luego, partió como una centella.

CAPÍTULO XIV

Abrió la puerta, y dejó que ella entrara. Casi con violencia, la estrechó entre sus brazos y, sin soltarla, se internaron en el apartamento.

Sin pronunciar palabra, ella le miró. Sobre la cara de él, los tremendos hematomas de los golpes resaltaban siniestramente.

—Marty... mi pobre Marty —susurró—. Perdóname.

—¿Por qué? Tú eres la única mujer del mundo para mí. En ti todo es limpio... ¿Por qué habría de perdonarte?

—Por esos golpes... Fue culpa mía.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Fueron dos hombres?

—Sí.

—Uno se llama Milhas y el otro Huserik...

—Milhas... recuerdo ese nombre. Pero no comprendo nada.

—Me buscaban a mí. Quieren que... que te obligue a hacer algo horrible.

Él se apartó, titubeando. Una nube pasó por sus ojos. Dejándose caer sobre un diván, murmuró:

—Ha sucedido algo horrible, Marsha. Estoy... perdido.

—¿Qué dices?

—Los maté, Marsha.

Ella estuvo a punto de desplomarse.

—¿Qué tú...?

—¡Estaban golpeándome! No sabía... no comprendía nada. Pensé que iban a matarme... y se reían de mí. Se burlaban de mí, mientras me golpeaban de un modo espantoso. Los peores golpes no se ven... los de la cara no importan...

Ella comprendió. Conocía bien los métodos de aquellos sicarios.

Fue a sentarse a su lado, y musitó:

—¿Qué podemos hacer, Marty?

—Tú... tú no me abandonarás, ¿verdad?

—No... No podría, aunque quisiera hacerlo. Te lo deba todo, Marty.

—No podía hacer otra cosa —masculló él. Sus dientes rechinaron como los de una bestia—. ¡Tenía que matarlos, tenía que hacerlo!

Ella se estremeció.

—Tienes que decírselo a la policía, Marty. Esos hombres... Milhas y el otro, eran espías, sabotadores de mi país. Yo declararé lo que pretendían... No pueden condenarte... No lo harán, cuando sepan la verdad.

—La verdad... tú no comprendes...

Se cubrió la cara con las manos, los hombros hundidos.

Marsha le atrajo hacia sí con ternura, dominando la desazón que le producía escalofríos.

Ninguno de los dos advirtió que la puerta comenzaba a girar, silenciosa, lentamente. Él no la había cerrado, al recibir a la muchacha entre sus brazos.

—Marty... —murmuró.

—Mi pequeña Marsha.

—¿Mataste a tu tío?

Él se estremeció.

—¡No!

—Entonces, ¿quién lo mató, y por qué lo hicieron en la casa? Milhas no tenía ningún interés en esa muerte; al contrario... con tu tío muerto, todos sus planes se hundían. Era un terrible fracaso, del que tendría que responder ante sus jefes... y esa gente no perdona.

—No entiendo nada de lo que dices.

Alguien se había deslizado silenciosamente en el vestíbulo.

La muchacha murmuró:

Marty, los policías creen que fuiste tú... Me recomendaron que no me quedara sola contigo, bajo ninguna circunstancia.

Él sonrió amargamente.

—¿Green, también, que yo podría hacerte algún daño a ti? ¡Estúpidos! A ti, que eres perfecta, limpia... la luz de mi vida. A ti, sin cuya compañía no podría vivir.

—Pero tu tío...

Él cerró los ojos, agotado.

—No comprendo... todo es un torbellino rojo, querida. A veces, me arrastra como un soplo del infierno, pero mi tío, no... a él, no, tampoco. ¿Sabes? Tío Aristides detestaba la bebida. Jamás se emborrachó.

Inquieta, Marsha le miró sin entender.

—¿Qué quieres decir?

Marty Giles sacudió la cabeza.

—No lo sé, pequeña. No me hagas mucho caso, esta noche... Todo está confuso, sucio, turbio, y yo necesito descansar, necesito dormir contigo aquí, a mi lado... necesito sentirte cerca, saber que estás a mi lado, y que nada ni nadie, nunca...

Sus palabras se embrollaron y su voz se hizo ronca, incomprensible.

Marsha estaba cada vez más asustada.

Comenzaba a dar crédito a las sospechas del inspector.

Había algo siniestro en esa extraña desesperación de Marty, de eso no cabía duda.

Ella susurró:

—Si tú no mataste a tu tío, sólo a esos dos que estaban golpeándote, no debes temer nada, querido...

—¡Te juro que no lo maté! ¿Vas a dudar tú, también, de mí?

—¡No, no!

Una voz irónica dijo, desde el umbral del vestíbulo:

—Yo puedo disipar todas tus dudas, querida...

Los dos se volvieron en redondo.

Una mujer estaba allí, apuntándoles con una pequeña pistola.

Era Edwina Nelson.

Marty jadeó:

—¿Qué haces aquí?

—Había decidido terminar esta noche, arreglar las cosas contigo definitivamente. Lo tenía todo bien pensado. Bueno, sigo teniéndolo planeado. Entonces vi llegar a esta mosquita muerta, y esperé. Lo que he oído ha sido muy instructivo.

—Baja esa pistola.

—No, hasta que hayamos ultimado el negocio.

—¿De qué estás hablando?

—De tu tierno amor.

—Edwina, no te comprendo, pero, sea lo que sea que estés

pensando, deja a Marsha de lado.

—Voy a dejarla tan de lado, que nunca más se interpondrá en mi camino.

—¿Qué diablos...?

—Ella tiene que morir, querido.

—¡Estás loca!

Ella rió.

—Yo, no, amor mío. Eres tú quién está loco. ¿No es cierto? Y lo sabes perfectamente.

Él sufrió una violenta sacudida.

—¡No digas eso, Edwina!

—Es la verdad, y lo sabes. ¿Olvidas que yo era tu enfermera, cuando estuviste internado en la clínica mental?

—¡Cállate, maldita!

—Entonces ya lo planeé... Iba a casarme contigo... con el heredero de una fortuna inmensa. En tu estado, no habría tardado mucho en entrar en posesión del dinero, querido. Y ahora, aunque con ciertas modificaciones, voy a obtenerlo, a menos que quieras que te ejecuten, o, en el mejor de los casos, que te encierren para toda tu vida.

Marsha jadeó:

—¿Qué horribles cosas está diciendo, Marty?

Él se levantó, tenso como un cable.

—Edwina... será mejor que te vayas...

Ella balanceó la pistola.

—No, querido... Vamos a dejarlo todo solucionado ahora. Tengo en el bolso el cuchillo con el que maté a tu amado tío... La policía lo encontrará en el bolso de tu mosquita muerta, y nunca mejor dicho que ahora, porque ella morirá. Parecerá que se ha suicidado, ¿comprendes?

Los remordimientos, claro...

—¡Cállate! No sabes lo que dices... no sabes lo que ella significa para mí.

—Y para mí, naturalmente. Un estorbo, ni más ni menos. Creerán que ella mató al viejo para acelerar el proceso de tu herencia. Ahora ya sólo te queda una tía, y muy vieja, según mis averiguaciones.

—Vas a pagar por haberlo matado, Edwina...

—No digas simplezas. ¿Has olvidado a Virginia? O quizá ni siquiera llegaste a saber su nombre... Pero ella se emborrachó en tus brazos, pretendió hacer el amor, contigo, completamente borracha... hace mucho tiempo. ¿Recuerdas?

Él estaba tan rígido como una tabla. Su mirada desorbitada parecía girarle en las órbitas.

—Virginia... —susurró.

—El sótano, Marty. Yo te mandé aquella chica... le di instrucciones sólo para ver cómo reaccionabas, después que ya estabas fuera de la clínica. Necesitaba estar segura... Bueno, no me equivoqué. No estabas curado ni nunca lo estarás. Cuando la viste borracha en tus brazos, perdiste el control. Lo que no imaginé fue que la matases.

Marsha dio un grito.

Él rugió:

—¡Cállate, maldita zorra!

Ella se rió.

—Yo puedo hundirte, Marty, piénsalo. Sólo yo sé lo que hiciste con aquella chica. Decide. O yo o esa mosquita muerta, que poco va a durarte. Ella significa un manicomio para toda tu vida, Marty.

—¡No sabes lo que estás diciendo!

—Ya lo creo que sí. Puedo contarles cómo lo hiciste porque yo estaba vigilando. Te vi arrojarla por la cloaca del callejón, después que levantaste la trampa de hierro... Por eso apareció, tiempo después, en un colector.

—¡Calla!

—Decide, amor mío —repitió con sarcasmo—. Toda la vida en el manicomio... Y no te tratarán como te trataba yo en la clínica, ya puedes imaginarlo.

Marsha susurró:

—Es monstruoso, horrible... ¿Es cierto lo que dice esta mujer, Marty?

Él abatió la cabeza. Dio media vuelta y se alejó, vacilante, hundido.

Edwina le advirtió:

—Ten cuidado, querido, porque, si intentas cualquier tontería, yo perderé la herencia, pero tú y la mosquita muerta iréis de cabeza al infierno...

—¡Déjala en paz!

—Eso es imposible. De cualquier modo, ella debe morir para que todo salga bien.

Él se apoyó en un mueble cualquiera, abatido. Estaba de espaldas a las dos mujeres que se vigilaban mutuamente.

Inesperadamente, Marty Giles se volvió como una centella.

Su rostro era una máscara contraída, horrible.

Y en su mano había ahora un largo cuchillo de ancha hoja, afilado y reluciente.

Edwina dio un respingo.

—¡Quieto dónde estás, Marty!

Él avanzó a saltos, gruñendo como una bestia.

—Ella, no... a ella, no, maldita... Marsha no...

Pero apenas se le entendía.

Entonces, Edwina disparó.

El seco ladrido de la pequeña pistola retumbó entre las paredes, y llegó perfectamente a oídos de Ballard y sus hombres, que en aquel momento desembocaban en el pasillo.

Los tres echaron a correr.

Ballard se lanzó contra la puerta, creyendo que estaba cerrada. La puerta se abrió con facilidad, y el inspector entró como un bólido en la estancia.

Sonó otro estampido, y un grito agudo de Marsha.

Ballard rugió:

—¡Quietos, en nombre de la ley!

Vio, como en una pesadilla, en una película proyectada demasiado deprisa, cómo Giles llegaba a trompicones ante una mujer que sostenía una pistola. Lo vio balancear su brazo, mientras la mujer disparaba otra vez.

Él reía de una manera que producía escalofríos cuando hundió el cuchillo hasta la cruz en el cuerpo de la mujer. Marsha seguía gritando.

Ballard salió de su estupor, y saltó sobre Giles.

El cuchillo le rozó el cuello, pero Marty llevaba tres pequeños proyectiles en el cuerpo, y las fuerzas le abandonaban velozmente.

Rodaron ambos, enzarzados como tigres, mientras los dos policías intentaban atrapar aquella mano armada, separarlos...

Inesperadamente, la mano armada cayó a un lado, y el cuerpo

del demente se relajó, con una seca sacudida.

Ballard se levantó. Estaba sucio de sangre, y había recibido un rasguño en un lado del cuello.

—¡Ocupense de esa mujer! —gritó.

Edwina agonizaba, con un bronco estertor. La vida escapaba de ella a borbotones por la espantosa herida que desgarraba su pecho debajo del seno izquierdo.

Marsha dejó de chillar, miró al inspector, y éste la tomó por las manos.

—Ya pasó —dijo con un suspiro.

—Usted... usted... aparece siempre cuando le necesito...

Él sonrió.

—Tengo esa cualidad, ¿sabe? Soy una especie de Santa Claus. Llore, si eso ha de hacer que se sienta mejor.

La estrechó entre sus brazos, sintiéndola estremecerse por los sollozos, y diciéndose que estaba comportándose muy poco protocolariamente.

—Esta mujer ha muerto, inspector —dijo uno de sus hombres.

—Llamen al Departamento, y una ambulancia. Sospecho que el doctor va a pedir mi cese, por exceso de trabajo...

—¿Se ha fijado en ese cuchillo, señor?

—Sí... pero todo esto podrá esperar. Miren qué hay detrás de esa puerta.

Uno de los policías asomó la cabeza.

—Un dormitorio, señor.

—Bien...

Casi en volandas, llevó a la muchacha a la habitación, y cerró la puerta. Allí, la miró a los ojos y murmuró:

—Ya terminó, ahora definitivamente. Debe hacerse a la idea de que ha sido mejor así, en cierto modo.

—Pero él...

—Sospecho que, en su infancia, tuvo alguna desagradable experiencia con una mujer ebria. Eso lo sabremos cuando hayamos investigado a fondo esta faceta del caso.

—Y ahora, ¿qué será de mí? Mi permiso de residencia caducará en breve... y no puedo volver a mi país...

—Tal vez, si se casa usted con un inglés, pueda solucionarlo.

—¿Cree que es tan fácil? Marty...

—Hay otros ingleses. Incluso algunos son inspectores de policía.

—Usted... usted...

—Naturalmente, hay tiempo para hablar de eso... para que lo piense. Ahora, trate de descansar un poco, mientras me ocupo de todo, allá fuera, ¿sí?

Ella le miraba a la cara, y sentía crecer, poco a poco, su esperanza.

Ballard inclinó la cabeza y la besó suavemente.

—Aunque sea una frase cursi —murmuró—, tiene unos labios dulces como la miel. Y yo soy muy goloso...

Retrocedió, sonriendo, y la dejó sola.

Fuera, se enfrentó con el nauseabundo espectáculo de la muerte, una vez más.

Pero ahora era distinto.

Seguía siendo un espectáculo sórdido, sucio y horrible. Pero, después de él, quedaba una esperanza limpia y hermosa.

Una esperanza que, concretamente, tenía unos labios jugosos y dulces como la miel...

El inspector Ballard se puso a trabajar, con redobladas energías.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

